

**REFLEXIONES SOBRE EL LIBRO:
LA VIRGEN MARIA EN EL REINO DE LA DIVINA VOLUNTAD**

GUIA DE ESTUDIO

“Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis” (MT. 10,8)

Terminado en: NOVIEMBRE DE 2005
Revisado en: DICIEMBRE DE 2017

MIAMI, FL

REFLEXIONES SOBRE EL LIBRO:

LA VIRGEN MARIA EN EL REINO DE LA DIVINA VOLUNTAD

En el libro de las lecciones de Cielo, 31 lecciones en total, Nuestra Madre relata los acontecimientos más importantes de Su Vida en la tierra, desde su Inmaculada Concepción hasta su entrada triunfal en el Cielo. Todas estas lecciones están dirigidas a enseñarnos como la Divina Voluntad moldeaba su vida y la preparaba con prerrogativas especialísimas para Su Múltiple Misión, de Madre de Dios, Madre de los hombres, y Corredentora en la Misión de Redención de Su Hijo.

En las primeras diez (10) lecciones Nuestra Señora nos narra los acontecimientos que ocurrieron en Su Vida, desde su Inmaculada Concepción hasta Su Nacimiento. Muchas de las enseñanzas de estos primeros capítulos son, definitivamente, nuevas. En primer lugar, es un hecho conocido y cierto que sobre la Virgen María hay muy poco escrito en las Sagradas Escrituras. En segundo lugar, nuestro entendimiento acerca de lo que ocurre en el espíritu del ser humano en los primeros nueve meses de gestación, es casi nulo, y limitado a lo que ocurre en el desarrollo de la parte corporal de la criatura. Como sabemos, muchos piensan, por desgracia y para nuestra vergüenza, que lo que se está desarrollando en una madre, ni piensa ni tiene vida: es "cosa" que se puede abortar y desechar.

Nuestra Señora expone en estos diez primeros capítulos, los sucesos que, apoyándose cada uno en el anterior en forma lógica (silogística), llevaron a cabo; hicieron posible, la Redención del Género Humano.

En la **primera lección** nos narra los detalles de Su Concepción Inmaculada, **la primera Prerrogativa de las muchas prerrogativas que recibiría de la Santísima Trinidad.**

La Iglesia ha definido dogmáticamente a la Inmaculada Concepción como una de las grandes prerrogativas que Dios Le confirió a la Virgen en previsión, o sea, anticipando los méritos de Jesús. Después de leer con todo detalle la primera lección, ahora entendemos que esta prerrogativa fue más bien el primer eslabón necesario para formar la cadena de la Redención. Así, era necesario, que la Virgen fuera dotada con el equilibrio perfecto de todas Sus facultades, para que ella pudiera tener la estabilidad y equilibrio necesarios y suficientes para discernir con toda lucidez, decidir con las más perfectas libertades, y responder a la Petición que la Santísima Trinidad le haría en algún momento de este periodo de gestación en el seno de su madre Santa Ana.

Así dice Nuestra Señora, que:

"Mi Vida fue toda de Voluntad Divina. Desde el primer instante de Mi Concepción, fui plasmada, inflamada y puesta en Su Luz, (la Luz de la Divina Voluntad) la cual purificó, con Su Potencia, mi germen humano, de modo que quedé concebida sin mancha de pecado original. Por eso, si Mi Concepción fue sin mancha y tan gloriosa; tanto que constituye el honor de la Familia Divina, fue sólo porque el Fiat Omnipotente se volcó sobre mi germen, y quedé concebida pura y santa. Así que, si el Querer Divino, más que una tierna madre, no se hubiese derramado sobre mi germen, para impedir los efectos del pecado original, habría encontrado la triste suerte de las demás criaturas, de ser concebida en el pecado original."

Claramente nos muestra Nuestra Señora, que al "*impedir los efectos del pecado original*" Nuestra Señora habla de que ella nunca fue afectada por la concupiscencia desordenada con la que todos nacemos, o sea la tendencia al desorden sensorial y al mal uso de nuestras facultades y potencias. Así pues, la concupiscencia desordenada e incontrolada que viene al género humano como consecuencia del pecado de origen, estaba ausente de ella. Por tanto, no fue únicamente por darle a Nuestra Señora una prerrogativa más, que lo fue indudablemente, sino que La Santísima Trinidad se la confirió para que ella pudiera decidir, con la perfecta libertad que le daba el control de todas Sus facultades y potencias, lo que la Santísima Trinidad le pediría en su momento oportuno, o lo que Nuestra Madre llama, en lecciones posteriores. "*la Prueba*".

En la **segunda lección** nos narra los resultados de aquella Inmaculada Concepción en el ámbito Divino. Así dice:

"La Divinidad sonrió y Se puso de fiesta al ver en mi germen, aquel germen puro y santo como había salido de Sus Manos en la creación del género humano. Y el Fiat Divino hizo el segundo paso en mí, llevando mi germen humano ante la Divinidad, para que se derramara a torrentes sobre mi pequeñez... Y la Divinidad, descubriendo en mí Su

Apostolado de la Divina Voluntad

obra creadora, bella y pura, sonrió de complacencia, y queriendo festejarme, el Padre Celestial derramó sobre Mí, mares de Potencia; el Hijo mares de Sabiduría; y el Espíritu Santo mares de Amor... Y Yo formaba olas altísimas para devolverlas como homenaje de Amor y Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo."

Como podemos observar, en la progresión lógica del desarrollo de Nuestra Madre como criatura en el periodo de gestación, lo segundo que sucede es que la Santísima Trinidad Observa, se Complace, y se Sonríe, como la máxima señal de Su Agrado por aquella Deferencia otorgada a la Virgen, y como "lucía" ella ante Sus Ojos. Estaban felices. Y en Su Contentura, desbordaban Su Potencia, Su Sabiduría y Su Amor en Nuestra Madre en una forma incomprendible a nuestra mente. Y aquí, Nuestra Señora nos habla de que ella inmediatamente correspondía a aquellos mares de bienes y dones, formando con su voluntad o las altísimas para devolverlas como homenaje a las Tres Divinas Personas. Y de nuevo prosigue con la más grande enseñanza sobre la Correspondencia, tan importante a los ojos de la Trinidad, que Jesús la equipara a la actividad humana por excelencia en el volumen 3. Y así dice Nuestra Madre:

"La Divinidad era todo ojos sobre mí, y para no dejarse vencer por mí en amor, sonriendo y acariciándome, me enviaba otros mares, los cuales me embellecían tanto, que en cuanto mi pequeña humanidad fue formada, adquirí la virtud embelesadora de raptar a Mi Creador. Y Él se dejaba raptar verdaderamente, tanto que entre Dios y yo, siempre hubo fiesta..."

Este forcejeo de amor, en el que la Trinidad nos da y espera nuestra correspondencia, y para no dejarse vencer por nosotros, duplica los dones y beneficios que nos da nuevamente, y repite el proceso una y otra vez, como una "cadena anillada que nos conduce al Cielo." (Volumen 3, 31 de enero de 1900)

¿Cuánto duró este proceso de arrobamiento y de embelesamiento de que nos habla Nuestra Madre? Sabemos cuándo empezó, y también sabemos que nunca ha de terminar.

"La Divina Voluntad que reinaba en mi como vida, animaba esta fuerza arrebatadora. Nada nos negamos recíprocamente, yo no le negué nunca nada y El a mí tampoco."

Así pues, en esta **segunda lección, la Segunda Prerrogativa que le es otorgada, es que Nuestra Madre empieza a vivir de Voluntad Divina.**

En la **tercera lección** nos narra de cómo el Fiat Supremo hizo el tercer paso sobre su pequeña humanidad, dotándola, de razón divina, e hizo que todas las cosas creadas la reconocieran como Su Reina. **Esta fue la Tercera Prerrogativa.** Toda la creación se postro a sus pies, aunque todavía no había nacido aún. Toda la creación aceptó su dominio, porque, después de tantos siglos, desde que Adán había perdido el mando y el dominio de rey, una Criatura volvía a Vivir en la Divina Voluntad.

Y así dice Nuestra Señora: *"¿Qué cosa no me dio el Fiat Divino? Me lo dio todo. Cielo y tierra estaban en mi poder; me sentía dominadora de todo y también de mí mismo Creador."*

En la **cuarta lección** nos narra como La Divinidad la puso a prueba; La Prueba para la que la había preparado desde Su Concepción Inmaculada. Con esta Prueba La Divinidad quería confirmar la fidelidad de Luisa de querer vivir solo de Voluntad Divina. Y así dice Nuestra Señora:

"Y mientras todo era sonrisas entre Ellos y Yo, Yo veía que no podían fiarse de mí, si no tenían una prueba. Hija Mía, la prueba es la bandera que dice: "victoria". La prueba pone a salvo todos los bienes que Dios quiere darnos; la prueba dispone al alma para la adquisición de grandes conquistas. Yo veía también la necesidad de esta prueba, porque quería testimoniarle a Mi Creador, en correspondencia a los mares de gracias que Me había dado, un acto de fidelidad que me costase el sacrificio de toda Mi Vida. ¡Qué bello es el poder decir: "Me has amado y te he amado!". Pero sin la prueba, jamás se puede decir esto."

Y seguidamente, Nuestra Señora nos narra los detalles específicos sobre La Prueba a la que fue sometida. Primeramente, la Divinidad la hizo "ver" los primeros tiempos cuando Adán fue sometido a su prueba y los resultados catastróficos de su fallo ante la prueba que le había exigido la Divinidad. Y Nuestra Señora, ante este cuadro de

desolación dice que lloraba amargamente, y el Querer Divino, al verla llorar, le pidió como Prueba, que renunciara a su voluntad humana, con estas palabras:

“No te pido un fruto como a Adán, no, no; solo te pido tu voluntad. Tú la tendrás como si no la tuvieras, bajo el imperio de Mi Querer Divino, que será tu vida, y se sentirá seguro de hacer lo que quiera de Ti.”

En la **quinta lección** nos narra con detalle como salió triunfante de la Prueba exigida por la Divinidad. Pero antes de narrar, con sus propias palabras, los detalles de esta Exigencia Divina, debemos dejar consignadas, también con sus palabras, como La Virgen se ve a ella misma como Criatura frente a Dios, porque contienen sus palabras como un Gran Resumen de todo lo que aconteció en su vida. Y así dice:

“... como anhelo confiarle Mis Secretos a Mi Hija, secretos que me darán mucha gloria y que glorificarán a aquel Fiat Divino, que fue la Causa Primaria de Mi Inmaculada Concepción, de Mi Santidad, Soberanía y Maternidad. Todo se lo debo al Fiat Divino. Yo no conozco otra cosa. Todas mis sublimes prerrogativas, por las que la Santa Iglesia tanto Me honra, no son otra cosa que los efectos de aquella Divina Voluntad que Me dominaba, reinaban y vivía en Mí. Por eso deseo tanto que se conozca quien es Aquella que producía en Mi tantos privilegios y admirables efectos que asombraban al Cielo y a la tierra.”

Y ahora nos narra que fue, específicamente, lo que Ella hizo para satisfacer las exigencias de la Prueba. Y así dice:

“¡Oh, que bien comprendí la grave ofensa que se la hace a Dios y los males que llueven sobre la criatura...! Tuve horror y miedo de hacer mi voluntad, y justamente temía, porque también Adán fue creado por Dios, inocente, y, sin embargo, haciendo su voluntad, ¿en cuántos males no cayó el y todas las generaciones?”

“Por eso, Yo, Tu Mamá, presa de temor, y más aún, de amor hacia Mi Creador, juré no hacer nunca mi voluntad; y para estar más segura, y para testimoniarle mayormente Mi Sacrificio a Aquel que tantos mares de gracias y de privilegios me había dado, tomé mi voluntad humana y la até a los pies del Trono Divino, en homenajes continuo de amor y sacrificio, jurando que nunca me serviría de ella, ni siquiera por un solo instante de Mi Vida. Sino siempre de la de Dios.”

“Hija Mía, quizás a ti no te parezca grande mi sacrificio de vivir sin hacer mi voluntad, pero Yo te digo que no existe sacrificio semejante al Mío. Es más, comparados con el Mío, todos los demás sacrificios de la historia del mundo se pueden llamar sombras... Es tan grande este sacrificio, que Dios no puede pedirle nada más a la criatura, ni la criatura puede encontrar de qué modo puede sacrificarse por Su Creador.”

En la **sexta lección** nos narra los efectos que ocurrieran en Ella después de haber pasado exitosamente la Prueba a la que la Divinidad la sometió. Y así nos reafirma:

“... todos creen que Yo no pase por ninguna prueba, y que a Dios le bastaba hacer el gran portento que hizo de Mí, para que fuera concebida sin mancha de pecado original. ¡Oh, como se engañan! Es más, Me pidió a Mi una prueba que no le ha pedido a nadie, y esto lo hizo con Justicia y con Suma Sabiduría, porque debiendo descender a Mi el Verbo Eterno, no solo no era decoroso que encontrara en Mi la mancha de origen, sino que tampoco era decoroso que encontrara en Mi una voluntad humana obrante por sí misma. Habría sido sumamente indecoroso para Dios descender en una criatura en la cual reinara la voluntad humana. Por eso, Él quiso de Mí, como prueba, y para toda mi vida, mi voluntad, para asegurar en mi alma el reino de la Divina Voluntad. Asegurado este, en mí, Dios podía hacer lo que quería de mí, podía darme todo, y puedo decir que no podía negarme nada.”

Una vez que esto ocurrió, dice Nuestra Señora, que el Fiat Divino hizo el sexto paso en Su Alma. La hizo tomar posesión de todas las propiedades divinas, por cuanto a criatura es posible e imaginable. Todo era suyo, Cielo y tierra, y el mismo Dios, de quien poseía Su Voluntad. Se sentía Reina de Todo, no se sentía extraña en la casa del Padre Celestial. Y sentía a lo vivo Su Paternidad, y la suprema felicidad de ser Su Hija Fiel. Esta es **la Cuarta Prerrogativa: tomar posesión de todas las propiedades divinas.**

“Puedo decir que crecí sobre las rodillas paternas de Dios, y que no conocí otro amor ni ciencia que la que me suministraba Nuestro Creador. ¿Quién puede decir lo que hizo esta Voluntad Divina en MÍ? Me elevó tan alto, me embelleció tanto, que los mismos Ángeles quedan mudos y no saben por dónde empezar a hablar de Mí”

En la **séptima lección** nos narra como la Divinidad, presa de un exceso de Amor hacia ella, Le dijo:

“Amada Hija Nuestra, nuestro Amor no resiste, se siente sofocado si no te confiamos nuestros secretos; por eso te elegimos como nuestra fiel secretaria. A ti queremos confiarte nuestros dolores y nuestros decretos... Y por eso, como secretaria nuestra queremos revelarte nuestros secretos y poner en tus manos el Cetro de Mando, a fin de que domines e imperes, sobre todo, y tu dominio venza a Dios y a los hombres, y nos traigas a estos como hijos regenerados en tu Corazón Materno.”

Esta es la **Quinta Prerrogativa**: La hacen secretaria de la Santísima Trinidad.

En la **octava lección** nos narra como recibió el Mandato de poner a salvo la suerte del género humano. Esta es la **Sexta Prerrogativa**. Y así la Divinidad Le dijo:

“Amada Hija Nuestra, tu amor nos ata, tus lagrimas apagan el fuego de la Justicia Divina, y tus oraciones nos atraen tanto hacia las criaturas, que no podemos resistirnos ante ti; por eso, te damos el Mandato de poner a salvo la suerte del género humano. Tus serás Nuestra Mandataria, en medio de ellos. A ti te confiamos sus almas, tú defenderás Nuestros derechos, lesionados por sus culpas; estarás en el medio, entre ellos y Nosotros, para ajustar las cuentas por ambas partes. Sentimos en ti la fuerza invencible de Nuestra Voluntad Divina, que por medio tuyo ruega y llora. ¿Quién puede resistirse ante ti? Tus oraciones son mandatos, tus lagrimas imperan sobre nuestro Ser Divino: por eso, ¡adelante en tu empresa!”

Nuestra Santísima Madre le dice a Luisa en esta lección, *“que sin saber entonces Yo, que debía ser la Madre del Verbo Divino, ella sentía en si la doble maternidad: la Maternidad hacia Dios para defender sus justos derechos, y la Maternidad hacia las criaturas para ponerlas a salvo.”*

En la **novena lección** nos narra que la Divinidad le reafirmó las Prerrogativas y Mandatos que ya Le había otorgado y le dio un Mandato y Prerrogativa nuevas.

Esta **Séptima Prerrogativa** es la de ser la Pacificadora entre la Divinidad y los seres humanos. Y así le dice:

“Hija, no llores, anímate. En tus manos hemos puesto la suerte del género humano, Te hemos dado el Mandato, y ahora para consolarte más, te hacemos la Pacificadora entre Nosotros y la familia humana; por lo tanto, a Ti te es dado pacificarnos. La potencia de Nuestro Querer que reina en Ti, se impone sobre Nosotros para darle el beso de la Paz a la pobre humanidad, caída y en peligro.”

En la **décima lección**, Nuestra Señora nos narra las circunstancias de Su Nacimiento glorioso. Dice en primer lugar que Su Nacimiento fue prodigioso, y que ningún otro nacimiento puede compararse al de ella.

“Yo encerraba en Mi el Cielo y el Sol de la Divina Voluntad y también la tierra de mi humanidad, pero una tierra bendita y santa que encerraba las más bellas floraciones. Y aunque apenas estaba recién nacida, Yo encerraba el más grande de los prodigios: El Querer Divino reinante en Mi...”

“Apenas nací, abrí los ojos para ver este mundo y así ir en busca de todos Mis Hijos, para encerrarlos en Mi Corazón, y darles Mi Amor Maternal y regenerándolos a la nueva vida del amor y de la Gracia, darles el paso para hacerlos entrar en el Reino del Fiat Divino del cual Yo era poseedora.”

Esta es la **Octava Prerrogativa**: la de generar a todos a la Gracia y ser Madre de todos.

En la **undécima lección** nos narra Nuestra Señora como en los primeros años de Su Vida cumplía con el primero de todos sus deberes: adorar con Su Inteligencia y también con su voccita de niña balbuciente a la Santísima Trinidad Adorable. Y continúa diciéndonos que:

“Era tanta la vehemencia de Mi Amor hacia una Majestad tan santa, que languidecía y deliraba porque quería encontrarme entre los brazos de la Divinidad para recibir Sus Abrazos y darles los míos. Así que los Ángeles que acogían mis deseos como si fueran órdenes, me tomaron y llevándome sobre sus alas, me condujeron a los Brazos

Apostolado de la Divina Voluntad

amorosos de Mi Padre Celestial... Ellos Me preparaban nuevos dones para darme, y Yo encontraba nuevos inventos para pedir piedad y misericordia para mis hijos, los cuales, viviendo en el exilio, estaban bajo los azotes de la Justicia Divina."

"Y la Divinidad quedaba conmovida por mis oraciones y colmándome de nuevos dones, me decía: Vuelve al exilio, y continua tus oraciones; extiende el Reino de Nuestra Voluntad en todos tus actos, que a su tiempo te contentaremos."

Esta es la **Novena Prerrogativa** concedida: la de extender (stender) el Reino de la Divina Voluntad en todos sus actos.

En la **duodécima lección** nos narra como da Sus primeros pasos infantiles y como ella partió del Cielo en el que vivía tan a gusto, *"solo por hacer la Voluntad del Eterno."* Y continúa:

"Yo era inseparable de Mi Creador, también me complacía en estar en la Patria Celestial; y mucho más, porque estando la Divina Voluntad en mí, Yo sentía los derechos de hija de estar con Ellos, que me arrullaban como su pequeña niña entre Sus Brazos... Y Yo tomaba y me llenaba tanto, hasta no poder contener más, y el Ser Supremo gozaba al ver que Yo sin temor, es más, con sumo amor, me llenaba de Sus bienes. Yo no me maravillaba que me dejaran tomar lo que Yo quería... Era Su Hija, y una era la Voluntad que nos animaba: lo que ellos querían, lo quería Yo."

"Entonces, a pesar de esto, apenas me hacían entender que debía privarme de las alegrías celestiales y de los castos abrazos que nos dábamos, Yo partía del Cielo sin dudar y volvía en medio de mis queridos padres."

Y continúa narrando como cumplía con el mandato que le habían dado en el momento de Su Nacimiento: que extendiera (stendeva) el Reino de la Divina Voluntad en todos sus actos.; y así nos dice:

"Hija Mía, tú debes saber que apenas empezó Mi Vida aquí en la tierra, la Divina Voluntad extendía su reino en todos mis actos; así que mis oraciones, mis palabras, mis pasos, así como el alimento y el descanso que tomaba y los pequeños servicios con los que ayudaba a Mi Madre, eran animados por la Divina Voluntad. Y ya que te he llevado (Luisa) siempre en Mi Corazón, te llamaba como hija mía en todos mis actos; llamaba tus actos junto a los míos, para que también en los tuyos, incluso los indiferentes, se extendiese el Reino del Querer Divino ... Yo llamaba estos mismos actos tuyos, a fin de que fueran valorizados por una Voluntad Divina, y así en los míos y en los tuyos, se extendiera Su Reino."

Continúa narrando como en medio de alegrías y tristezas fue llevada al Templo para ser consagrada al Señor. Y así Nos dice:

"Yo tenía apenas tres años cumplidos cuando mis padres me hicieron conocer que querían consagrarme al Señor en el Templo. Mi corazón se alegró al conocer esto, es decir, que debía consagrarme y pasar mis años en la Casa de Dios. Pero junto a mi alegría había un dolor: la privación de las personas más queridas que se pueden tener sobre la tierra, que eran mis queridos padres... Era pequeña y tenía necesidad de sus cuidados paternos y me privaba de la presencia de dos grandes santos... Mis padres me amaban en orden a Dios, y me tenían como un gran don, dado a ellos por el Señor, y esto les dio la fuerza de cumplir el doloroso sacrificio."

Podemos observar cómo, ya desde pequeña, La Virgen hacía grandes sacrificios como era el de separarse de sus queridos padres y de sus cuidados y enseñanzas, y también como sus padres comprendieron que su hija era un Don dado por Dios, y que, por tanto, en orden a Dios, que es lo mismo que decir, en correspondencia a Dios, tenían que devolvérsela si Él se los pedía. Esto les dio la fuerza necesaria para hacerlo.

En este punto nuestra Señora enfatiza este punto de que todo esté *"en Orden a Dios"*, cuando Le dice a Luisa:

"Si quieres tener una fuerza invencible para cumplir las penas más duras, haz que todas tus cosas estén en orden a Dios, y tenlas como dones preciosos dados por el Señor..."

Y continúa diciéndole:

“Tú debes saber que Yo con valentía, me preparaba para ir al Templo, porque al entregar Mi voluntad al Ser Divino, el Fiat Supremo había tomado posesión de todo mi ser, y Yo había adquirido todas las Virtudes por naturaleza, Yo era dominadora de Mi misma; todas las virtudes estaban en Mi como tantas nobles princesas, y según las circunstancias de Mi vida, prontamente se ofrecían a cumplir su oficio sin ninguna resistencia. En vano me habría llamado Reina sino hubiera tenido la virtud de ser Reina sobre mí misma. Por eso, Yo tenía en mi dominio la perfecta caridad, la invicta paciencia, la arrebatadora dulzura, la profunda humildad, y todo el ajuar de las demás virtudes.”

Luego explica sus logros con el sacrificio de ir al Templo.

“Por lo tanto, con el sacrificio de ir al Templo, Yo lograba conquista y sobre el sacrificio se formaba en mí el triunfo de una Voluntad Divina, y estos triunfos traían dentro de Mí, nuevos mares de gracia, de santidad, de luz, que me hacían sentir feliz hasta en Mis penas, para poder conquistar nuevos triunfos.”

En la **décimo tercera lección** la Reina del Cielo nos narra cómo llegó al Templo y se hizo modelo de las Almas Consagradas al Señor y nos narra al mismo tiempo la nueva prerrogativa que Le fue concedida, **la décima Prerrogativa** que Le concedieron: nunca perdió la memoria de uno solo de Sus Actos.

“¡Oh, los prodigios del Divino Querer! Con su virtud conservadora mantenía el orden de todos mis actos, pequeños y grandes, y como en acto dentro de Mí, como triunfo suyo y mío, así que nunca perdí la memoria de uno solo de mis actos.”

Esta prerrogativa la expresa el Evangelista San Lucas cuando anuncia y revela, que la “Virgen guardaba todas esas cosas en Su Corazón.”

Y continúa narrando Nuestra Señora, lo que la Divina Voluntad hacía en ella al encaminarse al Templo, y extractamos:

“Y el Fiat Divino, que reinaba en mí, le ordenó a toda la Creación, que la escondía como un velo, que todos se inclinaran y me dieran honores de Reina, y todas se inclinaron dándome muestras de dependencia; ni la pequeña florecilla del campo dejó de darme su pequeño homenaje. Yo ponía todo en fiesta y cuando por necesidad salía del poblado, la Creación se ponía en acto de darme muestras de honor, y Yo me sentía obligada a ordenarles que se quedaran en su lugar y que siguieran el orden de Nuestro Creador.”

En la **décimo cuarta lección** la Reina del Cielo nos narra algunos detalles de su vida de doce años en el Templo. En primer lugar, nos cuenta como valerosamente dio el adiós a sus queridos padres, y les agradeció por los cuidados que le habían dado, y por el gran amor y sacrificio con que la habían consagrado al Señor. La Divina Voluntad le infundía la fuerza, porque como dice Nuestra Señora:

“Oh Potencia del Fiat, tu sola podías darme tanto heroísmo, pues, aunque era tan pequeña, tuve la fuerza de separarme de quienes tanto Me amaban, a los cuales veía que se les rompía el corazón al separarse de Mí.”

Y narra Nuestra Señora, a su vez, que ella “preparaba así el terreno, con mis actos humanos, y el Cielo que debía formarse sobre este terreno de la Divina Voluntad, para todas las almas consagradas al Señor.” O sea, que, con sus acciones cotidianas en el templo, con su obediencia absoluta a todo lo que los superiores le pedían, la Virgen “preparaba el Fiat Divino, el cual extendiéndose aun fuera de Mí, Me llamaba a extender Su Voluntad para formar Su Reino aun en mis más pequeños actos.”

Y termina esta lección extraordinaria con estas palabras de Nuestra Señora dirigida a todas las almas consagradas al Señor:

“Ah, si todas las almas consagradas al Señor en los lugares santos, hicieran desaparecer todo en la Divina Voluntad, que felices serían, y convertirían las comunidades en muchas familias celestiales y poblarían la tierra de muchas almas santas. Pero, ay de Mí, debo decirles a ellas con dolor de Madre: ¿Cuántas amarguras, molestias y discordias no hay? La santidad no está en el oficio que les toca, sino en cumplir la Voluntad Divina en el oficio que les sea asignado...”

En la **décimo quinta lección** Nuestra Señora sigue narrándonos su vida en el Templo. En la lección anterior nos hablaba de su vida externa, su obediencia a los superiores en todo lo que le mandaban a hacer, y como esta labor cotidiana formaba mares de alegría en su alma, extendía el Reino de la Divina Voluntad, y preparaba el terreno para que las almas consagradas pudieran crear comunidades felices en la Divina Voluntad.

Ahora la Virgen nos narra su actividad interna en estos tiempos de vida en el Templo. Y así nos dice que ella se escapaba con mucha frecuencia a ver a Su Familia Divina, ya que ella podía ir y venir cuantas veces quisiera. La Divinidad la esperaba con mucho amor para conversar con ella, para gozar con ella, y para hacerla cada vez más feliz, más bella, más querida a Sus Ojos. Y dice que sus palabras tenían la virtud (la prerrogativa de pacificadora) de poner paz entre Dios y las criaturas, y Ellos amaban ser vencidos por su pequeña hija y oírla repetir: *“Descienda, descienda el Verbo sobre la tierra.”*

Por último, en este capítulo Nuestra Señora se expande sobre un tema del que rara vez hablamos: se trata del tema del temor o miedo al Señor, directamente, e indirectamente a través de Su Creación inanimada, los elementos, o como tanto les gusta decir a los que persisten en no creer, la Madre Naturaleza.

Y así nos dice Nuestra Señora.

“En cuanto el hombre se sustrajo de la Voluntad Divina, se volvió miedoso y tímido, y perdió el dominio de sí mismo y de toda la Creación. Todos los elementos, por estar dominados por el Fiat, habían quedado superiores a él, y le podían hacer mal. El hombre tenía miedo de todo. ¿Y te parece poco, hija mía, que aquel que había sido creado Rey, dominador de todo, llegase a tener miedo de Aquel que lo había creado? Extraño, hija mía, y se puede decir que es como antinatural que un hijo tenga miedo de su padre, mientras que es natural que cuando se genera, se generen juntos amor y confianza entre padre e hijo; y esto se puede llamar la primera herencia que le toca al hijo, y el primer derecho que le toca al padre. Así que Adán, al hacer su voluntad, perdió la heredad de Su Padre, perdió su reino, y se volvió el hazmerreír de todas las cosas creadas.”

Y dice La Virgen de Su situación, contraria en todo:

“Yo, al no hacer nunca mi voluntad, no tenía ningún miedo de Mi Creador. ¿Cómo podía tenerle miedo, si me amaba tanto?”

No fuimos pues creados en un espíritu de temor o miedo, solo con el respeto que tenemos instintivamente a Nuestro Creador, y que le debemos en toda circunstancia; el respeto que debe tener el hijo por su padre. Es el pecado el que nos aleja de El e infunde miedo a Él en nuestras almas.

Continúa narrando su salida del Templo para desposarse con San José. Lo primero que Nuestra Señora le pide a Luisa, y a nosotros, es que:

“tengamos ánimo y confianza en ella. La desconfianza es de los viles, y de aquellos que no están verdaderamente decididos a obtener la victoria, y por eso están siempre sin armas; y sin armas no se vence y se está siempre intermitente y vacilante en hacer el bien.”

En esta llamada claramente La Virgen nos exhorta a que Le pidamos ayuda para entrar y permanecer en esta Divina Voluntad a la que nos llama a vivir. Y dice que, así como se lo dijo a Luisa, también a nosotros Nos dice:

“Hijos míos, para Mí, el que ustedes, vivan en la Divina Voluntad, será de las más bella de las victorias que haré en la Divina Voluntad.”

En una de sus *“escapadas”* al Cielo, a visitar a Su Familia, fue sorprendida por el anuncio de que era Voluntad de Dios, que saliera del Templo y se uniera, según el uso externo de aquellos tiempos, a un hombre santo, llamado José, y que se retirara junto con él a vivir en una casa en Nazaret.

Y dice la Virgen que este anuncio lo entendió como una prueba más. Al vivir de Voluntad Divina faltaba en ella el germen del amor humano, y, *“¿cómo podía entonces amar a un hombre de ese modo, por santo que fuera?”*

Sin embargo, Nuestra Señora dice que llegó a entender más tarde, que era necesario para el plan Divino, que *“Dios me daba la protección, la defensa y la ayuda a fin de que nadie pudiera hablar de Mí, de mi honestidad. San José debía ser el cooperador, el tutor, el que debía de ocuparse de lo poco humano que era necesario, y ser la sombra de la paternidad celestial, en la que debía ser formada nuestra pequeña familia celestial en la tierra.”*

Y de nuevo la Virgen nos da una lección práctica de cómo no podemos anteponer nada a Su Voluntad, ni aun las cosas más santas, diciéndonos:

“Oh, si hubiese querido poner un acto de mi voluntad humana, aun bajo el aspecto de no querer conocer hombre alguno, habría arruinado los planes de la venida del Verbo a la Tierra.”

Y sigue Nuestra Señora, con esta maravillosa lección sobre la vocación, el estado de vida y la santidad, diciéndonos:

“Por lo tanto, no es la diversidad de estados lo que perjudica a la Santidad, sino la ausencia de la Divina Voluntad y la falta de cumplimiento de los propios deberes a los que Dios llama a la criatura. Todos los estados son santos, también el matrimonio, con tal de que este dentro de él (del estado) la Divina Voluntad y el sacrificio en el cumplimiento exacto de los propios deberes; pero la mayor parte (de las criaturas) son indolentes y flojas, y no solo no se hacen santos, sino que, del estado de cada uno, unos forman un purgatorio, y otros un infierno.”

En la **Décimo sexta lección** nos narra Nuestra Señora detalles de Su Vida en la casita de Nazaret junto con su esposo San José. Y así nos dice Nuestra Señora:

“Yo iba a Nazaret y ya no encontraría más a Mis queridos y santos padres. Iba acompañada solo por San José, y Yo miraba en el al buen ángel que Dios me había dado para Mi custodia, aun cuando tuviera legiones de Ángeles que me acompañaban en el viaje. Todas las cosas creadas se inclinaban para honrarme, y Yo, agradeciéndoles, le daba a cada cosa Mi beso y Mi saludo de Reina. Y así llegamos a Nazaret.”

Y seguidamente Nuestra Madre nos narra como San José y ella mutuamente reconocieron los votos de castidad y virginidad perenne que habían dado a Dios, y como prometieron vivir siempre como hermano y hermana, y *“la aurora de la paz reinaba en medio de nosotros”*.

Y dice que, en la casita de Nazaret, ella solo hacía pedir que el Verbo descendiera a la tierra. Por aquellos días, la Divina Voluntad que reinaba en ella, investía todos Sus actos, de luz, de belleza, de santidad, de potencia, y así extendía sobre Ella todas las cualidades Divinas, pero de una manera muy especial, porque estas le traían la **Undécima Prerrogativa** con las que fue adornada: **la Fecundidad**.

“Y el cielo y la tierra se abrazaban, se besaban, se pacificaban para darse el beso de paz y de amor; y la tierra (su crecimiento corporal) se disponía a producir el germen para formar al Justo, al Santo, y el Cielo se abría para hacer descender al Verbo en este germen.”

Con estas bellísimas palabras la Virgen nos narra el paso de la adolescencia a la pubertad; como Su Cuerpo adolescente se iba ensanchando y preparando, en virtud de la Divina Voluntad que reinaba en ella, para hacerla mujer fecunda, capaz de recibir en si el germen del Verbo en Su Cuerpo.

Y así dice la Virgen que, a partir de ese momento, Sus Visitas a la Patria Celestial se incrementaron, *“no hacia otra cosa que descender y subir a Mi Padre Celestial”*; dice también, que *“se abrasaba y mientras estaba ardiendo sentía una fuerza potente en ella, unas cadenas de amor que Lo ataban y desarmaban... quería transportar en las alas de Mi amor, al Verbo Divino, del Cielo a la tierra.”*

La Fecundidad que ahora residía en ella, con la vida propia que es natural en este gran don que Dios otorga a todas las mujeres, creaba en ella exigencias de amor cada vez mayores de la Divinidad; era una fuerza tan potente y tan extraordinaria esta Fecundidad formada en la Divina Voluntad, que dice Nuestra Madre

“Que la Divinidad, vencida por Mis lágrimas y oraciones, Me decía: “Hija, vuelve a la tierra, has vencido. La hora divina está cercana.”

Y dice Nuestra Señora, que, a pesar de todas estas palabras, ella todavía no sabía que debía ser ella la madre del Verbo Eterno.

Y finaliza esta lección diciéndole estas importantes palabras:

“Ahora, hija queridísima, escúchame y comprende bien que significa vivir de Voluntad Divina. Yo, viviendo de Ella, formé su Cielo y Su Reino Divino en mi alma. Si no hubiera formado en Mí este Reino, el Verbo nunca habría podido descender del Cielo a la tierra; si descendió, fue porque descendió a Su Reino, al Reino que la Divina Voluntad había formado en Mí... El Verbo nunca habría descendido a un Reino extraño. Oh no, no, primero quiso formarse Su Reino en Mí, y luego descender, como vencedor, a ese Reino.”

En la **décimo séptima lección** nos narra los detalles, en su mayor parte bien conocidos, de la Anunciación del Ángel. Sin embargo, los detalles de cómo la Divinidad la seguía preparando para ser la Madre de Dios, no se conocen con la amplitud de conocimiento que Nuestra Señora nos imparte en esta lección bellísima.

Y así dice Nuestra Señora, que la Divinidad se servía de sus más pequeños actos, de sus naderías, para darles un valor que dejaba atónitos al Cielo y a la tierra. *“Todo es santo, todo es sagrado, para quien vive de Voluntad Divina.”*

Y nos dice Nuestra Señora algo tan bello y extraordinario que es necesario repetirlo textualmente. Nuestra imaginación es esencial para poder apreciar esta descripción extraordinaria. Y así dice:

“Unos días antes del descendimiento del Verbo, del Cielo a la tierra, Yo veía al Cielo abierto y el Sol del Verbo Divino a las puertas (de ese Cielo), como mirando hacia quien debía emprender Su Vuelo, para hacerse el celestial prisionero de una criatura... ¡Oh, que bello era verlo a las puertas del Cielo, como vigilando, como espiando a la afortunada criatura que debía albergar a Su Creador!”

Claramente, La Virgen todavía no sabía en estos instantes que ella iba a ser la afortunada criatura, pero si podía ver al Verbo Eterno, como parado en la puerta esperando el momento de partida. Este es un detalle de increíble belleza, que jamás pudiéramos haber sabido o imaginado, y por el que debemos dar gracias particulares, porque son una pura expresión de Su inconcebible Amor hacia Sus Hijos el que ella nos cuente estos detalles tan íntimos.

Y dice que estando rezando en su pequeña estancia, *“un ángel vino desde el Cielo, como mensajero del Gran Rey, se puso delante de Mí, e inclinándose, Me saludó: Ave, Oh María, Reina nuestra, el Fiat Divino te ha llenado de gracia. Ya ha pronunciado el Fiat de que quiere descender; ya está a mis espaldas; pero quiere tu Fiat para formar el cumplimiento de Su Fiat.”*

“Ante un anuncio tan grande y tan deseado por Mí, pero que nunca había pensado ser Yo la elegida, quedé asombrada, y me turbé por un instante; pero el ángel del Señor Me dijo: “No temas, Reina Nuestra, Tú has hallado gracia ante Dios, Tú has vencido a tu Creador; por eso, para cumplimiento de la victoria, ¡pronuncia tu Fiat!”

“Yo pronuncié el Fiat, y ¡Oh maravilla! ¡Los dos Fiat se fundieron juntos, y el Verbo Divino descendió en Mí! Mi Fiat valorizado con el mismo valor del Fiat Divino, formó del germen de mi humanidad, la pequeñísima humanidad que debería encerrar al Verbo, y así se cumplió el gran prodigio de la Encarnación.”

“Los cielos se sacudieron y toda la creación se puso en fiesta, y, exultando de alegría, celebraban en torno a la casita de Nazaret, para darles sus homenajes y sus obsequios al Creador Humanado, y en su mudo lenguaje decían:

“Oh prodigio de los prodigios, que solo un Dios podía hacer. La inmensidad se ha empequeñecido, la potencia se ha vuelto impotente, y de su inalcanzable altura se ha abajado hasta el abismo del seno de una Virgen y al mismo tiempo, ha quedado pequeño e inmenso, potente e impotente, fuerte y débil.”

La Santísima Trinidad le había concedido la **Duodécima Prerrogativa**: La confirmación de la plenitud de Su Gracia con la Encarnación del Verbo.”

Apostolado de la Divina Voluntad

En la **Décimo octava lección**, Nos narra lo acontecido cuando Fecundada y con Su Hijo Jesús ya en Su Seno Purísimo. Asimismo, narra, en esta larga lección, cómo fue de visita a Su Prima Santa Isabel, y como Su Visita Santificó a su Hijo Juan.

Con palabras bellísimas Nos dice: *“quiero decirte que soy Madre de Jesús, mis alegrías son infinitas, mares de felicidad me inundan, Yo puedo decir: soy Madre de Jesús, su criatura, su esclava, y sólo al Fiat lo debo, me volvió llena de gracia, preparó la digna habitación a mi Creador, por eso la gloria, el honor y el agradecimiento sean siempre al Fiat Supremo.”*

La Virgen nos narra Sus Sentimientos al saberse Madre de Jesús, **la Treceava Prerrogativa** con las que la adorno el Fiat Divino. Y así dice para comenzar:

“Mis alegrías son infinitas, mares de felicidad me inundan. Yo puedo decir: Soy Madre de Jesús; su criatura, su esclava, es Madre de Jesús, y solo al Fiat se lo debo. El me hizo llena de gracia, y le preparó la digna habitación a Mil Creador. Por eso, gloria, honor y agradecimiento sean siempre para el Fiat Supremo.”

Nuevamente Nuestra Madre Santísima nos da el punto de vista Divino en todo este proceso. Nosotros vemos en Ella, desde nuestro punto de vista egocéntrico, que se convierte en la Madre de Dios, icómo somos de afortunados! Sin embargo, desde el punto de vista Divino, Ella, en quince años de preparación continua, se ha convertido en la Digna Habitación para Su Creador. Lección sublime de Anonadamiento y Humildad en la más excelsa de las criaturas: el que Ella viva convencida de que en realidad ella serbia de Digna Habitación a Su Creador para que, desde ella, y junto con ella, pudiera El realizar la labor de la Redención humana.

Y ahora Nuestra Madre nos narra, como solo Ella puede hacerlo, como fue que ocurrió en Ella, este Milagro de Milagros, y así nos narra:

Y continúa diciendo:

“el Sol del Verbo Eterno, resplandeciente de luz inaccesible vino a tomar su puesto dentro de este cielo, escondido en su pequeña Humanidad, la cual no pudiéndolo contener, el centro del Sol estaba en Ella pero su luz se desbordaba fuera, e invistiendo Cielo y tierra llegaba a cada corazón, y con su golpe de luz llamaba a cada criatura, y con las voces de luz penetrante les decía: “Hijos míos, ábranme, denme el puesto en vuestro corazón, he descendido del Cielo a la tierra para formar en cada uno de ustedes mi Vida, mi Madre es el centro donde reside y todos mis hijos serán la circunferencia donde quiero formar tantas Vidas mías por cuantos hijos hay.”

Aquí Nuestra Señora, narra lo que Su Hijo decía, y que constituye una exacta descripción de uno de los aspectos esenciales de lo que constituye el Don de Vivir en la Divina Voluntad: Jesús quiere formar Su Vida en cada uno de nosotros.

“Ahora tú debes saber que para tu Mamá comenzó una nueva vida, Yo estaba al día de todo lo que hacía mi Hijo, lo veía devorado por mares de llamas de amor, ... porque tú debes saber que en cuanto fue concebida su pequeña Humanidad, concibió todas las penas que debía sufrir hasta el final de su vida, encerró en Sí mismo a todas las almas, porque como Dios ninguno le podía huir, su inmensidad encerraba a todas las criaturas, su Omnividencia le hacía presentes a todas; ... Y Yo, tu Mamá, lo seguía en todo y sentí en mi materno corazón la nueva generación de las penas de mi Jesús, y la nueva generación de todas las almas que como Madre debía generar junto con Jesús a la gracia, a la luz, a la vida nueva que mi querido Hijo vino a traer a la tierra.”

En estos párrafos extraordinarios que acabamos de leer, Nuestra Madre nos revela algunas verdades que más o menos intuitivamente sabíamos: Ella estaba al tanto de todo lo que hacía Su Hijo, estaba en constante comunicación con El; y también explica una realidad que desconocíamos y de la que nos enteramos aquí y también en otros de los escritos de Luisa, a saber: que Jesús vino no solo para redimirnos del pecado original, pagando El la culpa debida, sino que vino a rehacer con perfección de artífice Divino la vida de cada uno de nosotros, para así darle a Su Padre Celestial la gloria y honor que nuestras vidas le hubieran dado, si no hubiéramos pecado originalmente en Adán, y luego en nosotros mismos.

Apostolado de la Divina Voluntad

Aunque por fe creemos que esto que Jesús quería hacer lo hizo, sin embargo, el cómo esto pudo ocurrir en realidad, siempre nos deja perplejos, y quisiéramos si pudiéramos, enterarnos de algunos de los detalles. Pues bien, en los párrafos que siguen, Nuestra Madre nos da un atisbo de la verdad, de cómo Jesús realizó este prodigio tan importante para que la Glorificación Absoluta del Padre pudiera llevarse a cabo por unas criaturas rehechas por el Verbo en forma perfecta. Y dice así:

“Por lo tanto, Mi Jesús, Mi Hijo, sentía todo el peso y el fardo de todos los pecados de cada criatura. Y Yo, Tu mamá, lo seguía en todo, y sentía en Mi corazón materno, la nueva generación de las penas de Mi Jesús, y la nueva generación de todas las almas que, como Madre, debía generar junto con Jesús a la Gracia, a la Luz, y a la vida nueva que Mi Querido Hijo vino a traer a la tierra.”

O sea, que Jesús recibía sobre Si las penas que los pecados de cada criatura Le causaban, y al mismo tiempo, junto con Su Madre, daba a luz a toda una nueva generación de almas que vendrían a sustituirlas, nueva generación de almas que quedarían encerradas en Su Humanidad

La Virgen es testigo tanto ocular como de sentimiento, y como Madre, junto con Jesús, concurre en este prodigio de creación nueva: **“Madre, he venido a hacer todo nuevo”**.

Dicho en otras palabras, para que el concepto quede bien arraigado: Cada vida humana en pecado y desordenada al fin y vocación para la que había sido creada, fue regenerada y tomó su lugar en la Humanidad de Jesús, sustituyendo la vida pecaminosa por una vida toda ordenada, toda rehecha, por el Verbo Eterno para la Glorificación Absoluta del Padre.

Sumarizando: la Labor de Jesús era doble.

Por una parte, desde el primer momento de Su Encarnación Jesús llamaba a todas las almas a que se Le unieran con lazos de amor, nos llamaba a todos a la Conversión profunda, la entrega incondicional de nuestras voluntades humanas, y por eso dice la Virgen que:

“Lo veía devorado por llamas de Amor; de cada latido suyo, de cada respiro y pena, se desprendían mares de Amor, con los cuales envolvía a todas las criaturas para hacerlas suyas, a fuerza de amor y de dolor...”

Por otra parte, como sabía que Sus Esfuerzos por convertirnos a todos a Su Amor serian inútiles, porque muchos libremente Lo rechazarían, inicia su segunda labor, la labor alterna de rehacer todas las vidas humanas, particularmente aquellas que se iban a perder, generando nuevas vidas perfectas que iba a encerrar en Su Humanidad para dar así la Correspondencia de Amor exigida por Su Padre Celestial de todas las criaturas. Así, aunque hay almas que se pierden para siempre porque escogen vivir separadas de Él, las vidas alternas que Jesús estaba generando junto con Su Madre, daban al Padre Celestial la Correspondencia perfecta y la Glorificación exigida por la Divinidad. Y así repetimos:

“Tu mamá, lo seguía en todo, y sentía en Mi corazón materno, la nueva generación de las penas de Mi Jesús, y la nueva generación de todas las almas que, como Madre, debía generar junto con Jesús a la Gracia, a la Luz, y a la vida nueva que Mi Querido Hijo vino a traer a la tierra.”

Y, asimismo, la Virgen nos narra, cómo le fuera revelado un secreto adicional.

Ella siempre se había sentido madre de Luisa y madre de todos. Ella lo sentía en Su Corazón, pero no sabía por qué, y así dice que:

“apenas Se Encarnó, Me reveló el secreto y comprendí la fecundidad de Mi Maternidad, que no solo debía ser Madre de Jesús, sino Madre de todos, y que esta Maternidad debía ser formada (como la Redención) en la Hoguera del Dolor y del Amor. Hija mía, ¡cuánto te he amado y te amo!”

Mas aun, para que Luisa y nosotros comprendamos un poco lo que el Don de la Maternidad es, y cómo va a traspasarle a Luisa Su Misma Maternidad, Le dice:

Apostolado de la Divina Voluntad

“Maternidad dice y significa verdadero amor, amor heroico, amor que se contenta con morir para dar vida a quien ha generado; si no hay esto, la palabra maternidad es estéril, está vacía y se reduce a palabras, pero en los hechos no existe. Por eso hija mía, si quieres la generación de todos los bienes haz que el Fiat tome en ti la vida obrante, el cual te dará la maternidad y amarás todo con amor de madre, y Yo, tu Mamá, te enseñaré el modo cómo fecundar en ti esta maternidad toda santa y divina.”

En la segunda parte de esta Lección incomparable, continúa narrándole los acontecimientos de Su Vida en aquellos momentos, y así Le dice:

“Partí de Nazaret acompañada de san José, afrontando un largo viaje y atravesando montañas para ir a visitar en Judea a Isabel, que, a avanzada edad, milagrosamente llegaba a ser madre.

Yo iba a ella no para hacerle una simple visita, sino más bien porque ardía en deseos de llevarle a Jesús. La plenitud de gracia, de amor, de luz que sentía en Mí me empujaba a llevar, a multiplicar, a centuplicar la vida de mi Hijo en las criaturas.”

“Isabel vino a mi encuentro toda festiva. Al saludo que le di sucedieron fenómenos maravillosos, mi pequeño Jesús exultó en mi seno y fijando con los rayos de la propia Divinidad al pequeño Juan en el seno de su madre, lo santificó, le dio el uso de la razón y le hizo conocer que Él era el Hijo de Dios. Juan entonces saltó tan fuertemente de amor y alegría, que Isabel se sintió sacudida, golpeada también ella por la luz de la Divinidad de mi Hijo, supo que Yo me había convertido en la Madre de Dios, y en el énfasis de su amor, temblando de gratitud exclamó: “¿De dónde a mí tanto honor, que la Madre de mi Señor venga a mí?”

“Yo no negué el altísimo misterio, más bien lo confirmé humildemente. Alabando a Dios con el canto del Magnificat, canto sublime por medio del cual continuamente la Iglesia me honra, anuncié que el Señor había hecho grandes cosas en Mí, su esclava, y por esto todas las gentes me habría llamado bienaventurada.”

“¿Quién podrá jamás decirte cuánto bien llevó mi visita a Isabel, a Juan, a toda aquella casa? Cada uno quedó santificado, lleno de alegría, advirtió alegrías insólitas, comprendió cosas inauditas, y Juan en particular recibió todas las gracias que le eran necesarias para prepararse a ser el precursor de mi Hijo.”

En la **Décimo novena lección**, Nos narra que ocurría en el periodo de embarazo de Jesús, hasta que narra las circunstancias de Su Nacimiento Glorioso.

Este es un capítulo particularmente triste que ya Luisa comentara en su Novena de la Navidad. El periodo de gestación fue para Nuestra Señora y para Jesús, particularmente doloroso, pero al mismo tiempo fructífero en Reparaciones y Glorificación celestiales.

Dice la Virgen que la pequeña Humanidad de Su Hijo iba creciendo, unida hipostáticamente a la Divinidad, y ella lo veía inmóvil, envuelto *“dentro de una noche profunda”*. Pero se apresura a decir que no era la noche propia del seno materno, sino que *“la voluntad humana... por cuantos pecados cometía, tantos abismos de tinieblas formaban en torno y dentro de sí... Y el hombre se había hecho prisionero de su misma voluntad tenebrosa, hasta perder el movimiento para hacer el bien, (por lo que Jesús) escogió la dulce prisión de Su Mamá, y voluntariamente se ofreció a la inmovilidad por nueve meses.”*

En este párrafo comenzamos a entender la Característica más importante en la forma de Reparar de Jesús ante Su Padre Celestial. Siempre, siempre ejecuta, inicia el acto contrario a la ofensa. Esta contraposición de Su Acto, al acto humano, o pecaminoso, o indiferente en correspondencia, es esencial para que la Reparación sea efectiva. A la Justicia de Dios hay que satisfacerla en forma compensatoria; hay que resarcirla de lo que se Le ha “robado”. Así Jesús, se aprisiona en las tinieblas voluntariamente, para resarcir a la Divina Justicia del aprisionamiento tenebroso en que la voluntad humana desordenada ha encerrado al ser humano.

Y de nuevo dice Nuestra Madre, para reforzar este concepto de Compensación y Resarcimiento:

“porque El, por Amor de ellos, voluntariamente había cambiado la luz por las tinieblas, a fin de que todos pudiesen obtener la verdadera luz para salvarse.”

Y en un párrafo lleno de conocimientos realmente nuevos, nos narra las circunstancias en que ocurre el Nacimiento Glorioso de Su Hijo.

Tanto se ha hablado sobre cómo esto sucedió. Unos creen sin ninguna dificultad el nacimiento virginal de Jesús. Otros creen en la Concepción Milagrosa de Jesús por obra del Espíritu Santo, pero tienen dificultad en entender el prodigio del nacimiento virginal. Es como si dijeran: Bueno para Dios es fácil eso de que la Virgen quedara embarazada por obra del Espíritu Santo, pero eso de que permaneciera virgen en el parto, eso ya me resulta más difícil creerlo. Y estas son generalmente almas buenas y piadosas las que así hablan. Como si para Dios una cosa fuera muy fácil y la otra muy difícil. En fin, quizás por esta dificultad, Nuestra Madre se toma el trabajo de explicar con gran detalle como ocurrió. Su narración toma giros insospechados como veremos, y así dice:

“El pequeño Jesús, delirando de amor, estaba en acto de dar el paso de salir a la luz del día. Sus ansias, sus suspiros ardientes, y los deseos de querer abrazar a Sus Criaturas, de hacerse ver y de mirarla para raptarla en sí, no le daban ya reposo. Y así como un día se había puesto vigilante a las puertas del Cielo para encerrarse en Mi Seno, así ahora está en actitud de vigilar a las puertas de Mi Seno, que es más que Cielo, para que el Sol del Verbo Eterno surja en medio del mundo, y forme allí su pleno mediodía. Así que para las pobres criaturas no habrá más noche, ni alba, ni aurora, sino siempre Sol, más que en la plenitud del mediodía.”

Una vez establecido el hecho de que Jesús está a la puerta, deseoso de salir para abrazarnos, para hacerse ver, para mirar a Sus Criaturas, principalmente a Su Madre, y raptarnos a todos. Ya no tenía reposo, su intranquilidad era manifiesta a Su Madre. Y ahora nos dice la Virgen:

“Tu mamá sentía que no podía contenerlo más dentro de sí. Mares de Luz y de Amor Me inundaban, y así como dentro de un mar de Luz lo concebí, así, dentro de un mar de Luz, salió de Mi Seno Materno...”

“Así que, en esta luz, Yo, raptada, esperaba abrazar entre Mis brazos a Mi Pequeño Jesús, y en cuanto salió de Mi Seno, sentí sus primeros gemidos amorosos. Y el ángel del Señor me lo entrego en Mis brazos, y Yo lo estreché fuerte, fuerte, a Mi Corazón, y le di mi primer beso, y el pequeño Jesús Me dio el Suyo...”

Así pues, para preservar la Virginitad de Su Madre Santísima en todo momento, Nuestro Señor ab eterno se desmaterializó, o sea, revertió a la Luz que Es, y como “reflector” fecunda a la Virgen y deposita en Ella Su DNA masculino, y junto con Él, va la Santísima Trinidad, “en un Mar de Luz Le concebí”, y posteriormente, cuando necesitó nacer, salir de Su Seno Materno, también se desmaterializó, para materializarse nuevamente en brazos del Arcángel Gabriel (que pensamos era el Ángel que estaba presente en esos instantes), ya que solo un Ángel, Ser de Luz Divina, podía recibirlo mientras se re-materializaba. “dentro de un Mar de Luz salió de Mi Seno Materno”.

En la **Vigésima lección** nos narra los acontecimientos ocurridos en las primeras horas y días del Nacimiento de Jesús. La Virgen Santísima precisa la Hora del Nacimiento de Jesús a la medianoche, y dice que “y como señal de lo que hacía en el orden de las almas, con su habitual Fiat Omnipotente, la medianoche se cambió en “fulgidísimo día”.

Y continúa diciendo Nuestra Madre, con estos comentarios tan bellos:

“todas las cosas creadas corrían para alabar en aquella pequeña Humanidad a su Creador. El sol corría para dar sus primeros besos de luz al niño Jesús y calentarlo con su calor; el viento imperante con sus oleadas, purificaba el aire de aquel establo y con su dulce gemido le decía te amo; los cielos se sacudían desde sus cimientos; la tierra exultaba y temblaba, hasta en el abismo; el mar se agitaba con sus olas altísimas; en suma, todas las cosas creadas reconocieron que su Creador ya estaba en medio de ellas, y todas hacían competencia para alabarlo, los mismos ángeles, formando luz en el aire, con voz melodiosa, de poderse escuchar por todos, decían: “Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, ya ha nacido el celestial niño en la gruta de Belén, envuelto en pobres pañales” Tanto, que los pastores que estaban en vigilia escucharon las voces angélicas y corrieron a visitar al pequeño Rey divino.”

Así pues, en cuanto lo tuvo en Sus brazos maternos, sintió la necesidad de amor de amamantarlo. “Y mi Hijo me daba mares de gracia, de amor, de santidad para corresponderme”. Luego, lo presentó a San José, poniéndolo en

Apostolado de la Divina Voluntad

sus brazos. San José lo estrecho a su corazón y el dulce Niño derramó en su alma torrentes de gracia. Después, Ella arrobada por la belleza del Infante Divino, estaba la mayor parte del tiempo de rodillas ante El, y ponía en movimiento todos los mares de gracias y de amor, que el Fiat Divino había formado en Ella, precisamente para esta ocasión.

Y finalmente unas palabras de Nuestra Madre para hacernos saber otro detalle interesante de porque lo depositó en el pesebre, a pesar de que su mayor alegría de Madre era tenerlo siempre en su regazo. El Querer Divino quería que lo pusiese en el pesebre para indicar simbólicamente que Jesús estaba disponible para todos, a fin de que quien lo quisiera lo pudiera acariciar, besar y tomarlo en sus propios brazos como si fuera de él.

“Era el pequeño Rey de todos; por lo tanto, tenían el derecho de hacer de Él, una dulce prenda de Amor. Y yo, para cumplir el Querer Supremo, me privé de Mis alegrías inocentes, y empecé con las obras y los sacrificios el oficio de Madre, de dar a Jesús a todos.”

Y dice estas palabras que debemos reflexionar siempre que nos sintamos privadas de El sin culpa nuestra:

“Hija mía, la Divina Voluntad es exigente y quiere todo, también el sacrificio de las cosas más santas, y según las circunstancias, el gran sacrificio de privarse del mismo Jesús; pero esto es para extender mayormente Su Reino y para multiplicar la vida de Jesús, porque cuando la criatura, por amor a Él, se priva de Él, es tal y tanto su sacrificio, que tiene la virtud de producir una vida nueva de Jesús, para poder formarle otra habitación a Jesús. Por eso, Hija querida, está atenta, y nunca, bajo ningún pretexto, le niegues nada a la Divina Voluntad”.

Nada debe superar en preferencia a la Voluntad de Dios, ni aun lo que consideremos más bueno y santo. Todo debe estar supeditado a esa Divina Voluntad. Nuestra Madre Santísima nos da un buen ejemplo de ello, al hablar de la privación de Jesús como algo querido por El en ocasiones, y que nos resulta difícil de aceptar; porque ¿Qué puede haber más santo y noble que el estar junto a Él? Y, sin embargo, muchas veces el cumplimiento de nuestras obligaciones de estado, nuestra vocación, etc., impiden que esto ocurra: no podemos asistir a misa y comulgar, no podemos asistir a un retiro o a una hora de oración etc. Nuestra Señora dice que la recompensa a esta privación, En la recompensa multiplicando Su Vida, produciendo una vida nueva de Jesús que le forma otra habitación. Y con este pensamiento dejamos esta lección.

En la **Vigésima primera lección**, Nos narra lo sucedido en los primeros días de la vida de Jesús, particularmente en la “primera hora del dolor”, la Circuncisión del Señor.

“Ahora, tú debes saber que apenas habían transcurrido ocho días del nacimiento del infante divino. Todo era fiesta y felicidad, la misma Creación poniéndose en actitud de fiesta festejaba al Creador niño. Pero el deber interrumpe nuestras alegrías, porque en aquellos tiempos había una ley, que todos los hijos primogénitos debían someterse al duro corte de la circuncisión; mi corazón de Madre sangraba por el dolor de tener que someter a mi querido Hijo, mi vida, mi mismo Creador, a un dolor tan acerbo. ¡Oh! cómo habría querido ponerme en su lugar, pero el Querer Supremo se impuso sobre mi amor, y dándome el heroísmo me ordenó circuncidar al Dios niño.”

Poco conocíamos de la Circuncisión, en el sentido de las razones por las que era necesario. Ya sabemos por boca de la Virgen, que Jesús debía cumplir todo lo que la Ley Mosaica prescribía para los recién nacidos judíos. Así pues, ahora sabemos por Boca de la Virgen lo necesario para comprender este misterio.

“Ahora hija bendita, tú debes saber que este corte encerraba profundos misterios: Era el sello que imprimía en la pequeña Humanidad del celestial niño la hermandad con toda la humana familia, y la sangre que derramó era el primer desembolso ante la divina Justicia para rescatar a todas las generaciones humanas; el querido niño era inocente, no estaba obligado a la ley, pero quiso someterse, primero para dar ejemplo, y después para dar confianza, valor, y decir a todos: “No teman, soy un hermanito vuestro, igual a ustedes, amémonos y los pondré a todos a salvo, los llevaré a todos a mi Padre celestial como mis queridos hermanos.”

“Esto indica que la santidad está en el propio deber, en la observancia de las leyes y en cumplir la Divina Voluntad; santidad sin deber no existe, es el deber el que pone el orden, la armonía, el sello a la santidad.”

Y ahora Nos da la última de las razones, y la más novedosa.

“Además de esto hija mía, tú debes saber que al sustraerse Adán de la Divina Voluntad, después de su pequeña vida de inocencia, su voluntad humana quedó herida, más que por un cuchillo homicida, y por esta herida entró la culpa, las pasiones, perdió el bello día de la Voluntad Divina, se degradó tanto que daba piedad, y mi querido Hijo después de las alegrías de su nacimiento, quiso ser circuncidado a fin de que esta herida suya sanara la herida que se hizo Adán con hacer su propia voluntad, y con su sangre le preparó el baño para lavarlo de todas sus culpas, fortalecerlo, embellecerlo de modo de hacerlo digno de recibir nuevamente aquella Voluntad Divina que rechazó, que formaba su santidad y su felicidad. Hija, no hubo obra o pena que Él sufriera, con la que no tratara de reordenar nuevamente la Divina Voluntad en las criaturas, por eso lo que te debe importar, en todas las circunstancias, incluso dolorosas, humillantes, es el hacer en todo la Divina Voluntad, porque éstas son la materia prima en la cual se oculta para obrar en la criatura, para hacerla adquirir su vida obrante en la criatura.”

Ya por último en esta Lección Nuestra Madre elabora sobre el nombre de Su Hijo. Habla del Poder del Nombre de Jesús, de Su Importancia, de cómo necesitamos tenerlo siempre en los labios y en el corazón.

“... cuando fue circuncidado le pusimos el nombre santísimo de Jesús, querido por el ángel. Al pronunciar este nombre santísimo, fue tal la alegría, el contento, que endulzó nuestro dolor, mucho más que en este nombre, quien lo quisiera habría encontrado el bálsamo a sus dolores, la defensa en los peligros, la victoria en las tentaciones, la mano para no caer en pecado, la medicina a todos sus males. Este nombre santísimo de Jesús hace temblar al infierno, lo reverencian los ángeles, suena dulce al oído del Padre celestial. Ante este nombre todos se inclinan y adoran; nombre poderoso, nombre santo, nombre grande, y quien lo invoca con fe sentirá las maravillas, el secreto milagroso de la virtud de este nombre santísimo.”

“Ahora hija mía, te recomiendo: Pronuncia siempre este nombre de Jesús. Cuando veas que tu voluntad humana débil, vacilante, se tambalea en hacer la Divina, el nombre de Jesús te la hará resurgir en el Fiat Divino, si estás oprimida llama a Jesús, si trabajas llama a Jesús, si duermes llama a Jesús, y si te despiertas, la primera palabra sea Jesús, llámalo siempre, es un nombre que contiene mares de gracia, y que da a quien lo llama y ama.”

En la **Vigésimo Segunda lección**, Nuestra Señora revela los acontecimientos posteriores a la Circuncisión, todos relacionados con su estancia de cuarenta días en la Gruta de Belén donde había nacido:

“... tú debes saber que son ya cuarenta días que nos encontramos en esta gruta de Belén, la primera morada de mi Hijo acá abajo; pero ¡cuántas maravillas en esta gruta! El celestial infante en un arrebató de amor descendió del Cielo a la tierra, fue concebido y nació, y sentía la necesidad de desahogar este amor, así que cada respiro, latido y movimiento, eran un desahogo de amor que hacía; cada lágrima, llanto y gemido eran desahogo de amor; también el sentirse aterido de frío, sus labios lívidos y temblorosos, eran todos desahogos de amor que hacía, y buscaba a su Mamá para poner en Mí este amor que no podía contener...”

“Yo me sentía raptada al ver que en cada pena, lágrima y movimiento que hacía mi dulce Jesús, buscaba y llamaba a su Mamá como amado refugio de sus actos y de su Vida. ¿Quién puede decirte hija mía lo que pasó entre el celestial niño y Yo en estos cuarenta días? La repetición de sus actos junto conmigo, sus lágrimas, sus penas, su amor, estaban como transfundidos juntos, y lo que hacía Él hacía Yo.”

Seguidamente, Nuestra Madre da noticias específicas sobre la Presentación del niño Jesús en el Templo, tal y como estaba ordenado se hiciera por la Ley Mosaica.

“Ahora, habiendo llegado el término de los cuarenta días, el querido niño, más que nunca ahogado en su amor, quiso obedecer a la ley y presentarse al templo para ofrecerse por la salvación de cada uno. Era la Divina Voluntad que nos llamaba al gran sacrificio, y nosotros pronto obedecimos.”

Esta costumbre y ley judaica de la presentación de los primogénitos en el Templo, nos hace comprender el particular interés que la Santísima Trinidad tenía, en que toda la vida humanada del Verbo en la tierra, fuera normal; tanto, hasta pasar desapercibida. Una cosa es cierta, al Niño había que presentarlo al Templo, a la presencia física de la Divinidad en la tierra, para ofrecerlo como Víctima de Expiación. Hubiera sido muy “anormal” que esto no se hubiera hecho con Jesús. Quizás hasta hubiera resultado imposible “convencer” a los sacerdotes de la ley a que ejecutaran ese ritual. Pero como, el ritual ya existía para todos, el que Jesús fuera presentado en el Templo para ser “rescatado”,

Apostolado de la Divina Voluntad

tal y como está mandado por la Ley Mosaica, la situación era de lo más normal y pasó desapercibida. Dicho de otra manera. Parecía normal esta Presentación con la que se "rescataba" al recién nacido primogénito de ser inmolado, pero en realidad, lo que se estaba haciendo era lo contrario: No se estaba "rescatando" a Jesús, se Le estaba ya "inmolando" como expiación por todos.

Hemos querido comentar ahora sobre la necesidad de esta necesaria Presentación en el Templo, ya que no es muy conocida la razón de esta Exigencia. Cuando en tierra egipcia se hizo necesario el último de los castigos, el que resultaría en la muerte de todos los primogénitos egipcios, tanto de seres humanos como de animales, muchos no comprenden que esta muerte decretada no era exclusivamente para los egipcios, sino que era para todos los primogénitos, incluyendo los primogénitos de los judíos, con la diferencia de que a los primogénitos judíos no morirían entonces por estar protegidos en las casas marcadas con la "sangre del cordero pascual", símbolo del Señor.

Así pues, Jesús ab eterno hablando con Moisés, Le hace saber que se les permitiría a los padres de los primogénitos judíos, a partir de ese momento y en perpetuidad, el "rescatar" esos primogénitos, cuyo "rescate" se haría ofreciendo en su lugar, otros animales, como palomas, corderos, etc., para ser inmolados.

En el acto de Su Rescate, Nuestro Señor se ofrecía por todos, y así dice Nuestra Madre:

"Hija mía, este Fiat Divino cuando encuentra la prontitud en hacer lo que Él quiere, pone a disposición de la criatura su fuerza divina, su santidad, su potencia creadora de multiplicar aquel acto, aquel sacrificio por todos y por cada uno, pone en aquel sacrificio la monedita de valor infinito, con la cual se puede pagar y satisfacer por todos."

Después de narrar lo que sucediera en el camino al Templo para hacer la Presentación, Nuestra Señora destaca ahora Su Encuentro con Simeón, y Nos dice:

"Llegados al templo nos postramos y adoramos a la Majestad Suprema, y después lo pusimos en brazos del sacerdote, que era Simeón, el cual lo ofreció al Eterno Padre por la salvación de todos, y mientras lo ofrecía, inspirado por Dios reconoció al Verbo Divino, y exultando de inmensa alegría adoró y agradeció al querido niño, y después del ofrecimiento profetizó y predijo todos mis dolores... el oír que este celestial infante sería no sólo la salvación, sino también la ruina de muchos y el blanco de las contradicciones. ¡Qué pena! ¡Qué dolor! Si el Querido Divino no me hubiera sostenido habría muerto al instante de puro dolor."

En estos momentos, la Santísima Trinidad aprovecha estos dolores de la Virgen para "formar en Mí, el Reino de los Dolores en el Reino de Su misma Voluntad. Así que además del derecho de Madre que tenía sobre todos, adquirí el derecho de Madre y Reina de todos los Dolores."

Aquí se le otorga a la Virgen Santísima, **la Catorceava Prerrogativa** que Le fue concedida: La de Ser Madre y Reina de todos los Dolores y de los Redimidos.

Y dice Nuestra Señora, que al hacerla Reina de todas las Dolores, la Santísima Trinidad le proporcionaba "la monedita para pagar las deudas de Mis Hijos, hasta las de Mis Hijos ingratos".

La Virgen ya sabía desde el primer momento de la concepción de Su Hijo, los infinitos dolores que debería sufrir, pero fue en estos momentos, en aquel "acto tan solemne de ofrecer a Mi Hijo, al oír que Me los repetían, Me sentí de tal modo traspasada, que Me sangró el Corazón, y se abrieron profundos desgarros en Mi alma".

Como nos ocurre a todos, y Nuestra Madre no es excepción de la regla, una cosa es saber que vamos a pasar por un dolor o una pena muy grande, y otra muy distinta ocurre cuando la experimentamos física o espiritualmente.

Por último, en esta Lección, Nuestra Madre exhorta a Luisa a que sea pronta en realizar lo que se le pide, por difícil que sea:

"Ahora escucha a tu Mamá, en tus penas, en los encuentros dolorosos que también a ti no te faltan, cuando sepas que el Querido Divino quiere algún sacrificio de ti, está pronta, no te abatas, sino que repite rápidamente el querido y dulce Fiat, o sea, "lo que quieras Tú, lo quiero yo", y con amor heroico haz que el Querido Divino tome su puesto

real en tus penas, para que te las convierta en moneditas de infinito valor con las cuales podrás pagar tus deudas, incluso aquellas de tus hermanos, para rescatarlos de la esclavitud de la voluntad humana, para hacerlos entrar como hijos libres en el reino del Fiat Divino, porque tú debes saber que el Querer Divino agradece tanto el sacrificio por Él querido de la criatura, que le cede sus derechos divinos y la constituye reina del sacrificio y del bien que surgirá en medio a las criaturas."

En la **Vigésima tercera lección**, dice Nuestra Señora que Ella sentía la necesidad imperiosa de hacer conocer a Su Hijo, y así dice que:

"Ahora hija mía bendita, la Divinidad, que no sabe negar nada a quien la ama, hace surgir bajo el cielo azul una nueva estrella más bella y luminosa, y con su luz va en busca de adoradores para decir con su mudo centelleo a todo el mundo: "Ha nacido Aquél que ha venido a salvaros, vengan a adorarlo y a conocerlo como vuestro Salvador."

Y continúa haciéndonos saber que entre tanto solo tres personas atendieron al llamado del Cielo, que Ella había invocado, y *"sin tener en cuenta los sacrificios se pusieron en camino para seguir la estrella. Y así como una estrella guiaba en el camino a sus personas, así mis oraciones, mi amor, mis suspiros, mis gracias, -porque quería hacer conocer al celestial niño, el esperado de todos los siglos, - como tantas estrellas descendían en sus corazones, iluminaban sus mentes, guiaban su interior, de modo que sentían que, sin conocerlo todavía, amaban a Aquél que buscaban, y aceleraban el paso para llegar y ver a Aquél que tanto amaban."*

Siguiendo pues, esta "estrella" luminosa, los Tres Reyes Magos encuentran el camino de la Gruta de Belén, a los pies del Niño Jesús, y para su gran sorpresa reconocen en el infante al Rey del Cielo y de la tierra. Y dice Nuestra Señora, que ocurrió en presencia de todos los que estaban en la Gruta, una primera transfiguración: *"el Niño hizo traslucir de su pequeña Humanidad, su Divinidad, y la gruta se transformó en Paraíso, tanto que ya no podían separarse del Infante Divino, hasta que retiró de nuevo, en Su Humanidad, la Luz de Su Divinidad."*

Siguiendo la iniciativa de Jesús, la Virgen se sintió estimulada y autorizada implícitamente para, como Madre que es de todos, instruirlos, hablándoles largamente sobre el descendimiento del Verbo, y fortificándolos en la Fe, la Esperanza y la Caridad, simbolizados por sus dones.

"Y Yo, Tu Mamá, quise ser la primera apóstol, los instruí, les conté la historia de mi Hijo, su amor ardiente, les recomendé que lo hicieran conocer a todos, y tomado el primer puesto de Madre y Reina de todos los apóstoles, los bendije, los hice bendecir por el querido niño, y felices y con lágrimas volvieron a sus regiones. Yo no los dejé, sino que con afecto materno los acompañé, y para corresponderles les hacía sentir a Jesús en sus corazones."

Dice por último que los Tres regresaron a sus patrias, para ser los primeros propagadores.

En la **Vigésima cuarta lección**, nos narra los detalles del exilio forzado por Herodes, el dolor que sentía por Su Hijo, diciendo que *"apenas recién nacido, lo quieren muerto"*.

El exilio de Jesús a Egipto, nos dice Nuestra Madre, es una reparación necesaria para compensar por el exilio que la criatura escoge al apartarse de la Voluntad Divina: *"toda la Magnificencia de la creación, fue destinada por Dios para darle a aquellos que habrían hecho la Divina Voluntad y vivido en Su Reino"*.

En su camino al exilio, la Sagrada Familia recibía de toda la Creación el homenaje a Su Creador. Y dice Nuestra Madre que *"entre el dolor de la ingratitud humana, y las inmensas alegrías que el Fiat nos daba, la tierra reverdecía y florecía bajo nuestros pasos, para darle un homenaje a Su Creador"*.

Y al cabo de un largo periodo de tiempo, (La Virgen no es explícita en esto) el Ángel del Señor le advirtió a San José que volviesen a la casa de Nazaret porque el tirano Herodes había muerto.

Al finalizar la Lección, Nuestra Madre nos narra un aspecto particularmente importante en este exilio en Egipto. Y así dice que *"la estadía de Jesús en esa tierra llena de ídolos"*, tenía también el propósito de purificar a aquella nación, poderosa sí, pero particularmente ofensiva a Nuestro Señor. Y dice que *"Jesús arrojaba esos ídolos al infierno"*.

Muchas veces se nos olvida que el pecado de idolatría es particularmente ofensivo a Nuestro Señor, sea cual fuere la naturaleza de la idolatría, por lo que la Virgen dice: *“¡Cuantos ídolos posee el querer humano! ¡Ídolos de Vanagloria, de propia estima y de pasiones que tiranizan a la pobre criatura!”*

Además del pecado de idolatría que cometen los individuos, bien sea por culto a dioses falsos o por satanismo, la nación que así estimula y permite que esto suceda en forma institucional, como lo hacía Egipto en su tiempo, y todavía hacen la mayoría de las naciones asiáticas, necesita ser purificada por la influencia poderosa que ejercen sobre otros individuos y naciones menos poderosas.

En la **Vigésima quinta lección**, nos narra como el Fiat Supremo se extendía cada vez en Ella, esta vez en la pequeña casa de Nazaret, en la que habían tomado residencia después de la vuelta del exilio en Egipto. Y así nos dice para comenzar esta lección de Cielo, que *“si bien Yo no podía abrazar la inmensidad como el amado Jesús, porque Él era Dios y hombre, y Yo solo su criatura finita, sin embargo, el Fiat Divino Me llenó tanto..., y era tanta la Luz, el Amor, y todo lo que puede poseer un Querer Divino que salía de Nosotros, que San José quedaba eclipsado, inundado y vivía de Nuestros reflejos.”*

La Virgen nos da detalles de cómo el Reino de la Divina Voluntad estaba en pleno vigor en aquella casita. Los actos más indiferentes estaban animados por el Querer Supremo, porque, *“tú debes saber, hija mía, que la Divina Voluntad posee por naturaleza la fuente de las Alegrías, y cuando reina en la criatura, se deleita dando en cada acto suyo (de la criatura) el acto nuevo y continuo de Sus Alegrías y Su Felicidad.”*

Dice Nuestra Señora, que fue en estos años, y en este lugar de Nazaret, donde se formó el Reino de la Divina Voluntad, *“para hacer de Él, un don a la familia humana... Poseyéndolo Mi Hijo y Yo, que pertenecíamos según el orden humano a la familia humana, y en virtud del Fiat Divino y del Verbo Encarnado, a la Familia Divina, las criaturas recibían el derecho de entrar en este Reino, y la Divinidad Le cedía el derecho y le dejaba las puertas abiertas a quien deseara entrar. Por eso, nuestra vida oculta de tan largos años sirvió para prepararle a las criaturas el Reino de la Divina Voluntad.”*

Esta constituye la **Quinceava Prerrogativa** que se le concedió a Nuestra Madre, la de ser la Formadora del Reino de la Divina Voluntad para dejárnoslo en herencia perpetua.

Nos narra Nuestra Señora también que, durante estos años, Jesús también le otorgo una Nueva Prerrogativa, **la Dieciseisava Prerrogativa**, la de ser la Depositaria de toda la Vida de Jesús. Y así dice que cuando *“Dios hace una obra, no la deja suspendida en el vacío, sino que busca siempre una criatura donde poder encerrar y apoyar toda Su obra; de otro modo correría el peligro de que Dios expusiera Sus Obras a la inutilidad, lo que no puede ser”.*

Y describe en forma bellísima como, para todos los efectos prácticos, se realizaba en ella esta Prerrogativa que Le había concedido de hacerla depositaria de toda Su Vida. Esta es la Prerrogativa que la Iglesia conoce y promulga diciendo que La Virgen María es la Medianera de todas las Gracias.

“Por lo tanto, Mi querido Hijo depositaba en Mi Sus Obras, Sus Palabras, Sus Penas, todo... Me narraba todos los Evangelios (o sea todas las noticias nuevas) que debía predicar al público, los Sacramentos que debía instituir, todo Me lo confiaba... porque de Mi debían salir Su Vida y todos Sus Bienes a beneficio de todas las criaturas”.

Finalmente, Nuestra Señora, nos informa de dos dones adicionales:

El primero de ellos, el de *“darle el espacio (en Su persona) para poder recibir todo”*, era una consecuencia directa de la Prerrogativa de ser la Depositaria de toda la Vida de Jesús. Al estar ensanchada excepcionalmente, Nuestra Madre era capaz de transferirnos los bienes y méritos que contenía la Vida de Jesús, y al mismo tiempo, y esto es lo verdaderamente importante en este caso, era capaz de corresponder al Amor que nos ofrecía, y por tanto darle Gloria a Jesús por la gran obra de la Redención.

El segundo de ellos, La Divina Voluntad ponía *“a su disposición la misma Vida de Mi Hijo”*, por lo que mientras Jesús, Su Vida, Su Persona, permanecía siempre en ella, Nuestra Madre Santísima, podía bilocar esa Vida, esa Persona de Jesús, *“para darla, a quien, con amor, Me la pidiese”.*

Estos dos grandes dones adicionales otorgados a Nuestra Madre, Ella los pone de relieve y los hace entendibles, al decirle a Luisa estas palabras finales de la Lección Vigésima quinta.

“Ahora hija mía, una palabrita para ti. Si haces siempre la Divina Voluntad y nunca la tuya y vives en Ella, Yo, Tu Mamá haré el depósito de todos los bienes de Mi Hijo en tu alma. ¡Oh, que afortunada te sentirás! Tendrás a tu disposición una vida divina que te dará todo; y Yo, haciéndote de verdadera Mamá, Me pondré en guardia para que esta Vida crezca en ti, y forme en ti el Reino de la Divina Voluntad.”

Es importante destacar en estas palabras de la Virgen, el desarrollo de los tres estados anímicos en los que puede estar nuestra alma en el proceso de crecimiento en la Divina Voluntad. Así nos dice:

- 1) si haces siempre la Divina Voluntad, y nunca la tuya, - hacer la Voluntad –
- 2) sí Vives en Ella. (Vivir en la Divina Voluntad)
- 3) Depositaré todos los Bienes de Mi Hijo en ti, y esos Bienes te proporcionan alimento y te lo darán todo (Vivir de Voluntad Divina)

En otras palabras, al Don de Vivir en la Divina Voluntad, el Reino del Fiat Divino, como en el cielo en la tierra, vamos por Invitación de Jesús, pero como toda otra Gracia, también está la entrega Nuestra Madre Celestial, porque así lo ha querido la Divinidad.

El resto de esta Lección, Nuestra Madre lo dedica a darnos noticias nuevas sobre el tan conocido pasaje del Extravió de Jesús en el Templo, a la edad de 12 años, probablemente en ocasión del Bar Mitzvah de Jesús.

“Nosotros continuábamos nuestra vida en la quietud de la casita de Nazaret, y mi querido Hijo crecía en gracia y en sabiduría, Él era atractivo por la dulzura y por la suavidad de su voz, por el dulce encanto de sus ojos, por la amabilidad de toda su persona, sí, mi Hijo era en verdad bello, sumamente bello. Apenas había alcanzado la edad de doce años, cuando fuimos según la usanza a Jerusalén para la celebración de la Pascua. Nos pusimos en camino, Él, san José y Yo. Frecuentemente, mientras íbamos devotos y recogidos, mi Jesús rompía el silencio y nos hablaba ahora de su Padre celestial y ahora del amor inmenso que en su corazón alimentaba por las almas.”

Nuestra Señora dedica bellas lecciones sobre el modo de orar, y finaliza diciendo que:

“Solamente la plegaria que sale de un alma en la cual reina la Divina Voluntad, obra en modo irresistible sobre el corazón de Dios, ella es tan poderosa de vencerlo y de obtener de Él las máximas gracias. Ten por eso cuidado de vivir en el Divino Querer, y tu Mamá, que te ama, cederá a tu plegaria los derechos de su poderosa intercesión.”

Por último, Nuestra Señora comenta sobre el extravió de Jesús y extractamos:

“Quebrantados por el dolor regresamos apresuradamente, preguntando con ansia a cuantos encontrábamos: “¡Ah! díganos si habéis visto a Jesús, nuestro Hijo, porque no podemos vivir sin Él!” Y llorando lo describíamos: “Él es todo amable, sus bellos ojos azules resplandecen de luz y hablan al corazón; su mirada golpea, rapta, encadena; su frente es majestuosa, su rostro es bello, de una belleza encantadora; su voz dulcísima desciende hasta el corazón y endulza todas las amarguras; sus cabellos rizados, y como de oro finísimo lo hacen hermoso, gracioso; todo es majestad, dignidad, santidad en Él; Él es el más bello entre los hijos de los hombres.”

“Hija querida, si Jesús era mi Hijo, Él era también mi Dios, por eso mi dolor fue todo en el orden divino, se puede decir, tan potente e inmenso, de superar todos los otros posibles dolores juntos. Si el Fiat que Yo poseía no me hubiera sostenido continuamente con su fuerza divina, Yo habría muerto de espanto.”

“Viendo que ninguno nos sabía dar noticias, ansiosa interrogaba a los ángeles que me rodeaban... ¡Ángeles míos, tengan piedad de mis lágrimas, socórranme, tráiganme a Jesús!”

En tanto, habiendo resultado vana toda búsqueda, regresamos a Jerusalén... finalmente, con gozo descubrí a mi Hijo que estaba en medio de los doctores de la ley, Él hablaba con tal sabiduría y majestad, que cuantos lo escuchaban permanecían raptados y sorprendidos; al sólo verlo sentí que me regresaba la vida y rápido comprendí la oculta razón de su extravío."

Y ahora una palabrita a ti, hija queridísima: En este misterio mi Hijo quiere darnos a Mí y a ti una enseñanza sublime... Él sacrificaba a su Divina Voluntad a su propia Mamá, a Aquella que Él amaba tanto, para demostrarme cómo también Yo, un día debía sacrificar su misma Vida al Querer Supremo.

En esta pena indecible no te olvidé querida mía; pensando que ella te habría servido de ejemplo, la puse a tu disposición, a fin de que también tú pudieras tener, en el momento oportuno, la fuerza de sacrificar toda cosa a la Divina Voluntad. En cuanto Jesús terminó de hablar nos acercamos reverentes a Él, y le dirigimos un dulce reproche: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?" Y Él, con dignidad divina nos respondió: "¿Por qué me buscaban? ¿No saben que Yo he venido al mundo para glorificar a mi Padre?" Habiendo comprendido el alto significado de tal respuesta y habiendo adorado en ella al Querer Divino, regresamos a Nazaret."

Por último, Nuestra Señora da mucho que reflexionar, porque Le dice a Luisa que en aquellos momentos sintió el extravío de Luisa, con lo que declara que también Luisa, en algún momento de su vida en la Unidad de la Luz, se le "perdió" a la Virgen, y quizás también eso ha ocurrido y ocurrirá con muchos de nosotros.

"Hija de mi materno corazón, escucha, cuando extravié a mi Jesús, el dolor que sentí fue muy intenso, sin embargo, a éste se agrega todavía un segundo, el de tu mismo extravío. En efecto, previendo que tú te habrías alejado de la Voluntad Divina, Yo me sentí por un tiempo privar del Hijo y de la hija, y por eso mi maternidad sufrió un doble golpe. "

En la **Vigésima sexta lección**, Nuestra Madre dirige Su Atención, a los primeros días del Ministerio Público de Jesús, el día de las Bodas de Cana, que ocupa un lugar tan prominente en lo conocido de la Vida de Nuestra Señora.

"Hija mía queridísima, mi corazón está lleno de amor y sentía la necesidad de decirte la causa, el por qué junto con mi Hijo Jesús quise asistir a esta boda de Caná. ¿Tú crees que fue por una ceremonia cualquiera? No hija, en esto hay profundos misterios..."

"Fuimos, no para festejar, sino para obrar cosas grandes en provecho de las generaciones humanas; mi Hijo tomaba el puesto de Padre y de Rey en las familias, Yo tomaba el puesto de Madre y Reina. Con nuestra presencia renovamos la santidad, la belleza, el orden del matrimonio formado por Dios en el edén, esto es, de Adán y Eva desposados por el Ser Supremo para poblar la tierra y para multiplicar y hacer crecer las futuras generaciones."

"El matrimonio es la sustancia de donde surge la vida de las generaciones, se puede llamar el tronco del cual viene poblada la tierra. Los sacerdotes, los religiosos, son ramas, si no fuera por el tronco ni siquiera las ramas tendrían vida, por eso con el pecado, con sustraerse de la Divina Voluntad, Adán y Eva hicieron perder la santidad, la belleza, el orden de la familia, y Yo, tu Mamá, la nueva Eva inocente, junto con mi Hijo fuimos para reordenar lo que Dios hizo en el edén, y me constituía Reina de las familias e impetraba la gracia de que el Fiat Divino reinase en ellas, para tener las familias que me pertenecieran, y Yo tuviese el lugar de Reina en medio de ellas."

"He aquí que mi lo mejor del banquete faltó el vino, y mi corazón de madre se sintió consumir de amor porque quiso prestar ayuda..., y Yo, sabiendo que de seguro no me habría negado lo que le pedía, digo a los que servían la mesa: "Hagan lo que les dice mi Hijo, y tendréis lo que queréis, más bien tendréis de más y sobreabundante."

Hija mía, en estas pocas palabras Yo daba una lección, la más útil, necesaria y sublime a las criaturas, Yo hablaba con el corazón de Madre y decía: "¿Hijos míos, queréis ser santos? Hagan la Voluntad de mi Hijo, no se aparten de lo que Él les dice y tendréis su semejanza, su santidad en vuestro poder...; cuántos se ven llenos de pasiones, débiles, afligidos, desventurados, miserables, no obstante que ruegan y ruegan, pero como no hacen lo que dice mi Hijo nada obtienen, el Cielo parece cerrado para ellos."

"Además de esto hija mía, con el haber asistido a esta unión, Yo veía los siglos futuros, veía el reino de la Divina Voluntad sobre la tierra, miraba a las familias e impetraba a ellas que simbolizaran el amor de la Trinidad

Sacrosanta, para hacer que su reino estuviera en pleno vigor, y con mis derechos de Madre y Reina tomaba a pecho el régimen de él, y poseyendo la fuente ponía a disposición de las criaturas todas las gracias, las ayudas, la santidad que se requiere para vivir en un reino tan santo. Y por eso voy repitiendo: "Hagan lo que os dice mi Hijo."

En la **Vigésima séptima lección**, Nos narra el comienzo de Sus Dolores y Soledad, porque terminaba la vida oculta de Jesús y empezaba su vida pública. Y así nos dice:

"Hija mía, para tu Mamá comienza una vida de dolor, de soledad y de largas separaciones de mi sumo Bien Jesús."

Dice Nuestra Señora, que Su Hijo *"sentía la irresistible necesidad de amor de salir en público, de darse a conocer y de ir en busca del hombre perdido"*.

Haba muerto San José, y Jesús le pide permiso para partir y la Virgen se lo da inmediatamente, sin titubeos. La Virgen queda sola en la pequeña casita y retirándose, se abandonaba en el Querer Divino. Y dice Nuestra Madre que el Querer Divino Le otorgó otra Prerrogativa maravillosa, la **Diecisieteava Prerrogativa, la de la Inseparabilidad con Su Hijo**. *"Este Querer Santo no me dejaba perder nunca de vista a Mi Hijo, ni El me perdía de vista a Mí; es más, sentía Su latido en el Mío, y Jesús sentía el Mío en el Suyo"*.

Explica adicionalmente que, al haber recibido a Su Hijo, mediante el Querer Divino, *"lo que ese Querer da, no puede terminar, ni sufrir separación, por lo que nuestra separación era aparente, pero en realidad estábamos siempre juntos"*.

Y esta Prerrogativa también traía nuevos dolores a Nuestra Madre Celestial. Ella veía todos los rechazos y sufrimientos de Jesús, y aunque lo consolaba, le dolían. Nos dice que Jesús al verse rechazado por los grandes, por los doctos, *"su amor no se detuvo ni podía detenerse por lo que se rodeó de pobres, de afligidos, de enfermos, de cojos... todos ellos imágenes de los tantos males que había producido la voluntad humana. Y así se convirtió en el Amigo, El Padre, el Medico y en el Maestro de los pobres"*.

Y prosigue Nuestra Señora: *"porque los pobres, los ignorantes, son más simples, menos apegados a su juicio; y los amo tanto, que escogió a unos pobres pecadores como Apóstoles y columnas de Su Iglesia"*.

En la **Vigésima octava lección**, nos narra Su Gran Amargura: *"La Divinidad ha decretado el último día de Mi Hijo, acá abajo"*, y como uno de Sus Apóstoles lo ha traicionado. *"Mi Hijo, en un exceso de amor, y no queriendo dejar a Sus Hijos... se queda en el Sacramento de la Eucaristía para que el que quiera pueda poseerlo"*.

Y así en medio de todos los dolores que la Pasión prevista de Su Hijo Le causaba, Nuestra Madre sentía un especial dolor porque en medio de ese dolor, estaba otro dolor, *"estaba tu alma (Luisa), tu voluntad humana, a la que, no dejándose dominar por la de Dios, Nosotros cubríamos de penas, la embalsamábamos, la fortificábamos con nuestras propias Penas, para que se dispusiera a recibir la Divina Voluntad"*.

Nos narra Nuestra Madre como solo mediante el Fiat Divino tuvo la fuerza de cumplir con esta nueva petición de Su Hijo: *"Mamá, adiós, Bendice a tu Hijo y dame la obediencia de morir (dame el permiso de morir). Mi Fiat Divino y el Tuyo me hicieron quedar concebido en Ti; Mi Fiat Divino y el Tuyo deben hacerme morir... Pronto, Oh mamá querida, pronuncia tu Fiat, y dime: ¡Te bendigo, y te doy la obediencia de morir crucificado! Así lo quiere el Eterno Querer y así también lo quiero Yo"*.

Esta es la segunda vez en estos libros de Cielo que la Virgen nos narra como Jesús en los dos momentos cruciales de Su Labor Redentora, Le pide a Su Madre concurrencia en lo que va a emprender. Presumimos que así sería durante toda Su Vida oculta. El Niño obediente a todo y por todo sujeto a sus padres terrenales que lo custodiaban.

Nuestra Señora de inmediato accede nuevamente porque el respeto que la Divinidad tiene a esta Criatura Excelsa es incomprendible a nuestra mente, y al mismo tiempo la exigencia Divina de que Ella tiene que concurrir en todo, plenamente libre en su decisión, es también incomprendible a nuestra mente. Solo podemos ofrecer como explicación a esta increíble paradoja, la misma explicación que en otras oportunidades se nos revela. Solo el Amor correspondido libremente y con la única intención de Agradar a la Divinidad tiene valor para Ellos.

Su paso lo dirigió hacia Jerusalén, su primera visita fue al templo santo, en el cual comenzó la serie de sus predicciones. Pero, ¡ah, qué dolor! su palabra llena de vida, portadora de paz, de amor y de orden, era escuchada y malamente interpretada, especialmente por los doctos y sabios de aquellos tiempos, y cuando mi Hijo decía que era el Hijo de Dios, el Verbo del Padre, Aquél que había venido a salvarlos, lo tomaban tan a mal, que con sus miradas furibundas lo querían devorar. ¡Oh! cómo sufría mi amado bien Jesús, su palabra creadora, rechazada, le hacía sentir la muerte que daban a su palabra divina, y Yo era toda atención, toda ojos para mirar aquel corazón divino que sangraba y le ofrecía mi materno corazón para recibir las mismas heridas, para consolarlo y darle un apoyo en el acto en que estaba por sucumbir.

Por ello, dice la Virgen, *“Y, sin embargo, debí decirlo, porque en Nosotros no existían penas forzadas, sino todas eran voluntarias... Mi querido Hijo, Mi dulce vida partió, y Yo, tu mamá adolorida, lo dejé; pero el ojo de Mi Alma no lo perdió nunca de vista. Lo seguí en el Huerto, en su tremenda agonía, y Oh, como me sangró el Corazón, al verlo abandonado de todos, hasta de sus más fieles y queridos apóstoles”*.

La Virgen siempre lo acompaña en Su Pasión. Esa gran prerrogativa, la Inseparabilidad, fue en este caso causa y motivo de Sus Penas más grandes, porque al no poder separarse de Jesús, fue testigo, sin querer, pero queriendo, y sin poder aliviarlo físicamente, de Sus Penas y Dolores.

“Y Yo, al verlo sudar sangre y agonizar, agonizaba junto con El, y lo sostenía en Mis brazos maternos. Yo era inseparable de Mi Hijo; Sus penas se reflejaban en Mi Corazón, licuefacto por el dolor y el Amor, y Yo las sentía más que si fueran Mías”.

En este capítulo, más que en ningún otro, Nuestra Madre nos revela Su incomprensible dolor por esta Inseparabilidad con Su Hijo. No podemos, ni debemos, tratar de resumir Su Narración sobre los acontecimientos ya conocidos de todos, pero nunca conocidos como los conoció Su Madre Santísima. Esta narración debemos leerla, y leerla frecuentemente, como compañera indispensable de las Horas de la Pasión.

Si podemos enfatizar sus palabras al final de esta lección, porque, en definitiva, es labor y labor excelsa de Nuestra Madre el hacernos comprender una y otra vez, que todas estas Penas y Dolores fueron necesarias porque nuestra voluntad humana estaba desordenada a Su Creador. Y así nos dice:

“Quiero hablarte, Luisa, con las penas de Mi Hijo, de los graves males de la Voluntad Humana. Míralo en Mis Brazos dolientes, ¡que desfigurado está! Es el verdadero retrato de los males que el querer humano hace en las pobres criaturas. Y Mi querido Hijo quiso sufrir tantas penas para levantar esta voluntad caída en lo bajo de todas las miserias; y cada pena de Jesús, y cada dolor Mío, la llaman a resurgir en la Divina Voluntad”.

En **la Vigésima octava lección**, nos narra como apenas Jesús expiró descendió al Limbo *“triumfante y como portador de gloria”*. Y cuenta Nuestra Señora que, en virtud de la inseparabilidad con Su Hijo, ella lo acompañó en ese viaje triunfal y fue espectadora de la fiesta y de los agradecimientos que aquella gran turba de gente le tributaba a Su Hijo. Así dice, que *“en cuanto murió, empezaron las conquistas y la Gloria para Jesús y para todos aquellos que Lo amaban”*.

Y dice la Virgen que, durante aquellos tres días de desconsuelo, Ella sentían tal ardor de verlo resucitado, que iba resucitando con el ardor de Su Amor: *“Resucita, Hijo, resucita, vida Mía.”*

Y Nuestra Madre Nos revela el detalle maravilloso de que, al alba del tercer día, Su Hijo salió del Limbo acompañado de todos aquellos justos que se habían salvado en previsión a los méritos de Su Redención, y se dirigieron todos al Sepulcro. *“Pero antes de resucitar, hizo ver a aquella multitud, Su Santísima Humanidad, sangrante, llagada, desfigurada, como había quedado reducida por Amor a ellos y a todos. Todos quedaron conmovidos, y admiraron los excesos de Amor y el gran portento de la Redención”*.

Y Nuestra Madre con su narrativa nos hace presenciar la Resurrección de Su Hijo, con estos bellos párrafos entre otros muchos con los que Nos narra esos momentos gloriosos.

“Y como triunfador, y haciendo uso de Su Poder le ordeno a su Humanidad muerta que recibiera de nuevo a Su Alma y que resucitara triunfante y gloriosa a vida inmortal... ¡Que acto tan solemne! Mi querido Jesús triunfaba sobre la muerte, diciendo: Muerte, tu no serás más muerte, sino Vida”.

Y ahora debemos detenernos con todo cuidado en los siguientes párrafos de Nuestra Señora, por la importancia que Jesús le da a lo que Ella dice ahora en uno de los capítulos en los que Jesús habla sobre Su Muerte y resurrección. Se trata de la expresión que Jesús y ahora La Virgen usan cuando dicen que *“con este acto de triunfo (La Resurrección) ponía el sello de que era Hombre y Dios, y confirmaba Su Doctrina, los milagros, la Vida de Los Sacramentos y la Vida de la Iglesia... Hija Mía, la Resurrección de Mi Hijo encierra todo, dice todo, confirma todo, y es el Acto más solemne que El hizo por las criaturas.”*

El concepto de sellar, que es lo mismo que confirmar, es muy importante para entender el significado de una vida humana. Ese sentimiento generalizado que ocurre muchas veces en los velorios y funerales, en los que los participantes hablan bellezas del fallecido, no son palabras vacías de elogio. La muerte de una persona, y en el caso de Jesús, Su Muerte y Su Resurrección, sirve para que todos se percaten de la totalidad de la vida que desaparece, y se congratulen, la mayor parte de las veces, por el gran honor que ha representado para ellas, el haber conocido y amigado al fallecido. Es un concepto bastante difícil de entender este, pero hay que tratar de entenderlo: la muerte sella una vida, da validez a todo lo que esa persona fue e hizo, para bien o para mal. Ya esa vida se ha consumado, sea lo que sea aquello en lo que se ha consumado. Su biografía ahora puede estudiarse, ya no hay oportunidad de que cambie o se altere; lo que fue, es. Bien entendió esto San Pablo, cuando afirmaba con su acostumbrada firmeza, que, Si Jesús no hubiera muerto y resucitado, toda nuestra religión carecería de fundamento, sería falsa, porque sería una religión no sellada por Su Vida, Muerte y Resurrección.

En la **Vigésima novena lección**, nos narra lo acontecido después de la muerte de Su Hijo; como se retiró al Cenáculo junto con el amado Juan y Magdalena. Y dice que se preguntaba donde estarían los demás Apóstoles.

En cuanto los discípulos ausentes se enteraron de la muerte de Jesús, y tocados por Gracias Especiales, todos fueron a reunirse con Nuestra Madre en el cenáculo, y Le pedían perdón por haber abandonado a Su Hijo. Y la Virgen *“los acogí maternalmente, en el Arca de Refugio y de Salvación en Mi Corazón, y les aseguré a todos, el perdón de Mi Hijo. Les aseguré a todos que su suerte estaba en Mis Manos, porque a todos me los habían dado como Hijos”.*

Y nos repite la Virgen, que Ella había estado presente en la Resurrección de Jesús, pero había permanecido callada *“esperando que Jesús mismo manifestara que había resucitado glorioso y triunfante. Y todos venían a Mí, diciéndome que habían visto a Jesús resucitado, que el Sepulcro estaba vacío, y Yo los escuchaba a todos, y con aire de triunfo, los confirmaba a todos en la Fe de la Resurrección”.*

Y termina esta fase de Su Narrativa diciéndonos que, si los Apóstoles hubieran estado dominados por la Divina Voluntad, *“nunca hubieran huido de Su Maestro, sino que valientemente, y como triunfadores, no se habrían separado nunca de Su lado, y se habrían sentido honrados para dar la vida para defenderlo”.*

Ahora Nuestra Señora narra los acontecimientos que sucedieron después de la Resurrección hasta la Ascensión al Cielo. Y dice que:

“Mi Amado Jesús se entretuvo resucitado sobre la tierra, por cuarenta días. A menudo se les aparecía a los Apóstoles y discípulos para confirmarlos en la Fe y certeza de Su Resurrección, y cuando no estaba con los Apóstoles, estaba junto con Su Mamá en el Cenáculo, circundado por las almas salidas del Limbo”.

Que bella imagen esta que nos ofrece Nuestra Madre Celestial. Es un Jesús, glorioso, triunfante, entretenido con Su Madre, y sus Apóstoles, hablando de lo que ha pasado, de las múltiples vicisitudes, dolores, y penas, pero como cosa ya del pasado, y que ahora solo había que mirar hacia delante, hacia la grandiosa obra de la Evangelización. Y al mismo tiempo, estar rodeado ahora, cara a cara, de todos aquellos que, hasta su Resurrección, La Justicia Divina Le había impedido “ver”, o que ellos lo “vieran”, porque no había ocurrido todavía la Redención, pero que ya ahora, si podía verlos, y dejarse ver por ellos y entretenerse con todos Sus Amigos predilectos de todos los tiempos. Ver y dejarse ver de Abraham, de nuestro padre en la Fe, y confirmarle lo que Le había dicho, y del fiel Noe, al que tuvieron por loco, y de Moisés, con quien tantas veces hablara; todo lo que había hecho y hablado con

Apostolado de la Divina Voluntad

ellos todos, cuando todavía era Jesús ab eterno... En fin, con todos y cada uno de ellos, debe haber sido un entretenimiento incomprensible pero que podemos y debemos visualizar hasta donde nos dé nuestra imaginación.

Y luego Nos narra cómo al cabo de estos cuarenta días triunfales, empezó la nueva etapa de la Redención humana que nos llevaría a estos tiempos modernos de la Santificación de la Vida vivida en la Divina Voluntad, como en el Cielo en la tierra.

Vale la pena dejar en estas reflexiones el párrafo que Nuestra Señora le dedica a estos acontecimientos, y así empezamos:

“El Amado Jesús dio instrucciones a los Apóstoles, y, dejando a Su Mamá como guía y maestra, nos prometió el descendimiento del Espíritu Santo, y bendiciéndonos a todos partió, emprendiendo el vuelo hacia la bóveda de los Cielos, junto con la gran multitud de personas salidas del Limbo. Todos los que estaban, y era un gran número, lo vieron subir, pero cuando llego a lo alto, una nube de luz, lo aparto de su vista. Entonces, Hija mía, Tu Mamá lo siguió al Cielo y asistió a la gran fiesta de la Ascensión. Y mucho más, porque para Mí no era extraña la Patria Celestial, y, además, sin Mí, no habría sido completa la Fiesta de Mi Hijo, ascendido al Cielo”.

Y termina esta Lección Nuestra Señora, con palabras que debemos reflexionar cuidadosamente y que necesitamos comentar para una adecuada comprensión.

Le dice a Luisa que Ella quiere *encerrar* en Luisa, la vida de la Divina Voluntad, y que esta Vida que ella quiere *encerrar*, “*es vida obrante, porque todos la tienen, pero la mayor parte (de Ustedes) la tiene sofocada y para servirse de ella; y mientras (esa Divina Voluntad) podría obrar prodigios de santidad, de gracia y de obras dignas de Su Potencia, es obligada por las Criaturas a estar con las manos cruzadas, sin poder desarrollar Su Poder”.*

Para entender bien estas palabras, tenemos que parafrasear un poco las palabras de la Virgen, porque claro está, Ella habla como Jesús habla. Así diremos lo siguiente:

Todos ustedes tienen en sus almas, en sus personas, Un Cuerpo de Luz, y dentro de ese Cuerpo se encierra la Vida de la Divina Voluntad a la que renacen, como vida obrante; esta es Su Herencia, Su Patrimonio desde toda la Eternidad, para ello fueron creados y a esto tienen que regresar, pero en el estado actual de las cosas, Ustedes, hijos míos, solo se percatan de que tienen en su interior algo superior a ustedes que los capacita para obrar, que los hace diferentes a todo lo demás de la Creación; pero en vez de *encerrar* esa Divina Voluntad que les da la existencia y los deja obrar, y dejar que ella obre y se manifieste a través de Ustedes, *la sofocan*, o sea, *la apagan, la oprimen, la dominan y la extinguen*; se sirven de ella, la utilizan como un instrumento más y la utilizan mal, y ofenden al que se las dio, con ese desorden al que someten Su máspreciado Don. *Tienen a esa Divina Voluntad con las manos cruzadas, sin dejarla desarrollar todo Su Poder.* Yo, Vuestra Madre, quiero encerrar en ustedes ese Cuerpo de Luz, con esa Divina Voluntad Bilocada y Obrante, esa Vida Obrante, para que ya no salga nunca más, para que Ella pueda obrar los prodigios de Santidad, de Gracia y de obras dignas de Su Potencia que Le den Gloria y Honor a la Divina Voluntad, en Nuestro Padre Celestial.

En **la trigésima lección**, nos narra cómo una vez ascendido al Cielo, Jesús seguía intercediendo por nosotros y desde allí Nos miraba sin que se le escapara ninguno de Su vista, y era tanto Su Amor que “*deja a Su Mamá todavía sobre la tierra para consuelo, ayuda, enseñanza y compañía de nuestros hijos”.*

Prosigue narrando La Virgen como todos los apóstoles y discípulos se estrechaban a Su alrededor en el Cenáculo, esperando la venida del Espíritu Santo prometido. Y como estaban allí reunidos todos, rezando y esperando, Nuestra Madre les contaba, como a pequeños niños en la Fe que eran, todas las historias de Jesús, los muchos detalles que ellos no sabían. Fue en estos días, que mucho de la vida oculta de Jesús y de Su Madre fue revelado a aquellos que después llevaron todos estos detalles a los Evangelios. Y dice Nuestra Madre que

“así que hija mía, Yo estaba en medio de Mis Apóstoles más que el sol del día, y fui el ancla, el timón, la barca donde encontraron el refugio para estar seguros y defendidos de todo peligro. Por eso, puedo decir que di a luz a la Iglesia Naciente, sobre Mis rodillas maternas, y Mis brazos fueron la Barca en la cual guie a puerto seguro, y la guío aun”.

Apostolado de la Divina Voluntad

Dos detalles interesantes. Primero, el ya indicado de que si conocemos algo en los Evangelios sobre la vida oculta de Jesús, fue por lo que Ella les narrara en estos días de espera en el Cenáculo, y que luego Le diría a San Lucas en manera especial. Segundo, porque declara sin lugar a dudas o equivocaciones, y confirma lo que el Magisterio de la Iglesia siempre ha declarado, que la Iglesia nace y se nutre de la Presencia e Interés de Nuestra Madre, y que aún hoy, y mañana, hasta el fin de los tiempos, la sigue guiando. No es solo, la Madre Corredentora, sino que también es la Madre Co-Santificadora, ya que junto con el Espíritu Santo guía hasta la plenitud de los tiempos, la Iglesia, esposa mística de Su Hijo Jesucristo, y el Reino de la Divina Voluntad entre nosotros.

Y prosigue esta lección con Sus enseñanzas novedosas en medio de detalles ya conocidos. Nos narra ahora, como con la Venida del Espíritu Santo, todos *“adquirieron nueva ciencia, fortaleza invencible, amor ardiente; una nueva vida corría en ellos, que los volvía intrépidos y valientes, de modo que se dispersaron por todo el mundo, para hacer conocer la Redención, y ofrecer sus vidas por Su Maestro. Yo me quedé en Jerusalén con el amado Juan, y fui obligada a salir de Jerusalén porque empezó la persecución”*.

Y termina la lección trigésima enfatizando el conocimiento de que ella *“continúa en el Magisterio en la Iglesia; no hay cosa que de Mi no descienda. Puedo decir: Me desvivo por amor a mis hijos, y los nutro con mi leche materna.”*

Y ahora procede a decirnos algo muy importante, y que en realidad podemos decir es una de las razones por las cuales Le ha dictado estas 31 lecciones a Luisa, y así dice:

“Ahora, en estos tiempos, quiero mostrar un Amor más especial, haciendo conocer como mi vida fue formada en el Reino de la Divina Voluntad”.

Y finaliza diciendo:

“¡Oh, que feliz seré si puedo decir: La Hija mía es toda mía, porque vive de Voluntad Divina! Y Yo haré descender el Espíritu Santo en tu alma, para que quemé en ti todo lo que es humano, y con su refrigerante soplo, impere sobre ti, y te confirme en la Divina Voluntad”.

En **la Trigésima primera lección**, nos narra de Su Partida de la tierra al Cielo, La Asunción, *“día en el cual terminé de cumplir la Divina Voluntad sobre la tierra”*.

Con frases muy sentidas, como que las estaba reviviendo, Nuestra Madre le cuenta a Luisa como antes de partir para la Patria Celestial, en unión de Su Amado Juan, volvió a Jerusalén Toda la creación, intuyendo que era la última vez que la verían en la tierra, se postraba en torno a Ella, *“hasta el más pequeño pajarillo, querían ser bendecidos por Su Reina, y Yo los bendecía a todos y les daba el último adiós”*.

Y dice que en cuanto llegó a Jerusalén se encerró en la casa en que la llevara Juan para ya no salir más.

En estos últimos días de Su Vida en nuestra tierra, antes de partir, Nuestra Madre sentía tal martirio de Amor unido a las ansias de alcanzar a Su Hijo en el Cielo, que se sentía consumir *“hasta sentirme enferma de Amor”*. La Virgen dice que ella jamás estuvo enferma o indispuesta. A su naturaleza concebida sin pecado, le faltaba el germen de los males naturales.

Antes de partir, Nuestra Madre hace un último llamado a Luisa, diciéndole que quiere dejarle en herencia y dote esa Misma Voluntad Divina que ella poseía, *“y que tanto Me ha agraciado, hasta hacerme Madre del Verbo, Señora y Reina del Corazón de Jesús, y Madre y Reina de todos”*.

Y finaliza Nuestra Señora, este llamado a Luisa con estas palabras alentadoras para ella y para nosotros.

“Yo te he hablado con mucho Amor de lo que obró la Divina Voluntad en Mí, del gran bien que ella sabe hacer, y que cosa significa dejarse dominar por Ella; te he hablado de los graves males del querer humano. Pero, ¿crees tú que haya sido para hacerte una simple narración? No, No, Tu Mamá cuando habla, quiere dar. Yo, en el ardor de Mi Amor, en cada palabra que te decía, ataba tu alma al Fiat Divino, y te preparaba la dote en la que tu pudieras vivir rica, feliz, dotada de fuerza divina”.

Apostolado de la Divina Voluntad

“...en estos últimos momentos, Tu Mamá Celestial quiere inundarte de amor, volcarse en ti, con tal de obtener el propósito de escuchar tu última palabra, de que estarás dispuesta a morir, que harás cualquier sacrificio, antes que dar un acto de vida a Tu Voluntad. Dímelo, hija Mía, dímelo...”

Y así termina la última lección de este Libro de Cielo: La Virgen María en el Reino de la Divina Voluntad.

RESUMEN DE LAS PRERROGATIVAS OTORGADAS A LA VIRGEN

- Numero 1: Su Concepción Inmaculada
- Numero 2: Vivir de Voluntad Divina en la Divina Voluntad.
- Numero 3: Toda la creación la reconoce como Reina.
- Numero 4: Toma Posesión de todas las propiedades Divinas
- Numero 5: secretaria de la Santísima Trinidad.
- Numero 6: Mandato de poner a salvo todo el género humano.
- Numero 7: Pacificadores entre la Divinidad y el género humano.
- Numero 8: Generar a todos la Gracia y ser Madre de todos.
- Numero 9: Extender el Reino de la Divina Voluntad en todos Sus actos.
- Numero 10: No perder nunca la memoria de ninguno de Sus actos.
- Numero 11: La Fecundidad Divina
- Numero 12: La Anunciación - Plenitud de Su Gracia: La Encarnación del Verbo.
- Numero 13: La Maternidad Divina – Portadora de Jesús
- Numero 14: La Madre y Reina de todos los Dolores y de los Redimidos.
- Numero 15: Formadora del Reino de la Divina Voluntad en la tierra.
- Numero 16: Depositaria de la Vida de Jesús. Medianera de todas las Gracias.
- Numero 17: Inseparabilidad de Jesús
- Numero 18: Madre y Guía de la Iglesia
- Numero 19: Señora y Reina del Corazón de Jesús
- Numero 20: Co-Redentora
- Numero 21: Co-Santificadora
- Numero 22: Reina de las Familias y de los Milagros.